

Goethe Institut / Pehuén Editores

CHACABUCO

VOCES EN EL DESIERTO



CHACABUCO
VOCES EN
EL DESIERTO

© Carlos Cerda B. 1994
© Pehuén Editores, Ltda., 1994.
María Luisa Santander 537, Providencia
Inscripción Nº 90.490
ISBN 956-16-0281-9
Fotografías de Martin Jürgens
Diseño de Texto y Portada; J. Sebastián Barros C.
Edición de 1.000 ejemplares, cada uno de los cuales incluye un
Compact disc del radioteatro Ciudades fantasmas de Leni Alexander
Julio de 1994.
Coedición Goethe – Institut y Pehuén Editores.

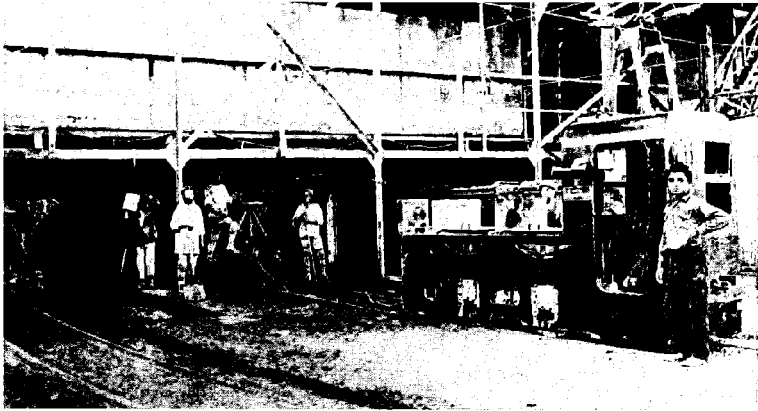
Ninguna parte de este libro puede ser reproducida por ningún medio,
ya sea eléctrico, mecánico, químico, fotográfico, electrónico o de fotocopia
sin la autorización previa de los editores.

Impreso en Talleres de Andros Productora Gráfica
Nataniel Cox 1675

IMPRESO EN CHILE / PRINTED IN CHILE

CHACABUCO

VOCES EN EL DESIERTO



Editor
Carlos Cerda



pehuén

INDICE

Dr. Werner Reichenbaum	Palabras de saludo	8
	Grusswort	10
	REFLEXIONES	
Michael de la Fontaine	Prefacio	14
	Vorwort	15
Carlos Cerda	El canto del agua	17
Dieter Strauss	Debe haber sido una momia	21
	Eine mumie wird es gewesen sein	27
	HECHOS	
Leopoldo Castedo	Breve historia del salitre	35
Edwin Binda	Defensa de un patrimonio	41
Josef Riederer	Cómo conservar un monumento técnico	49
	Umgang mit einem technischen Denkmal	55
Luis Capurro	De nuevo... voces en el desierto	61
	VOCES	
Carlos Ayres	Infancia y regreso	73
Hugo Salvatierra	Recuerdos de un campo de concentración	77
Jorge Montealegre	La casa de la viga rota	85
Roberto Zaldívar		
José Araos	Los guardianes de la memoria	89
	<hr/>	
Martin Jürgens	Secuencia de fotografías de Chacabuco	95
Leni Alexander	Ciudades fantasmas. Un radioteatro (Disco compacto)	113

PALABRAS DE SALUDO

Werner Reichenbaum

Embajador de la República Federal de Alemania

UNA GRAN META: la restauración y conservación de la ex-salitrera Chacabuco, la «ciudad fantasma» en pleno desierto, digna de ser declarada Patrimonio Mundial por parte de la UNESCO. El entusiasmo de su «descubridor e impulsor» Dieter Strauss, ex Director del Goethe-Institut en Santiago, fue contagioso y se propagó, ¡hasta el gobierno en Bonn! Gracias al apoyo financiero de Alemania fue posible realizar en 1992, en una primera etapa, la restauración del teatro. Desde entonces se han dado importantes pasos para convertir a Chacabuco en un centro de investigación y encuentro vivo, en un lugar de comunicación para actividades culturales de todo tipo y en un lugar de atracción para turistas.

La creación de la «Corporación Cultural Ex-Oficina Chacabuco», conformada por personeros de importantes instituciones de la zona, dio al proyecto una amplia base. Chacabuco se convirtió en noticia, se multiplicó el interés por saber más de este capítulo tan importante de la historia industrial y social de Chile. El gobierno chileno, en particular el Ministerio de Bienes Nacionales, se compromete más y más. El intendente de la II Región, al anexar Chacabuco a la red de agua potable, dio un paso decisivo para la reani-

mación del lugar. El abastecimiento de energía eléctrica, igualmente un compromiso del gobierno regional, está en su fase preparatoria. Se trabaja para dar solución al problema sanitario.

Y el gobierno alemán sigue apoyando. Con el financiamiento de una segunda etapa de restauración (la consolidación de la filarmonía que colinda con el teatro), Alemania enfatiza su interés en una continuación de este proyecto, tan relevante para la identidad de la II Región y la historia de Chile. Pero queda mucho por hacer para convertir a Chacabuco en un centro de encuentro cultural. Debido a los limitados recursos públicos, tanto en Alemania como en Chile, es preciso sensibilizar al sector privado para esta tarea de incuestionable trascendencia político-cultural y motivar a industriales alemanes y chilenos a participar activamente en el financiamiento de esta magna empresa.

GRUSSWORT

Dr. Werner Reichenbaum

Botschafter der Bundesrepublik Deutschland

EIN GROSSES ZIEL: die Restaurierung und Konservierung der ehemaligen Salpeterstadt Chacabuco, der verlassenen «Geisterstadt» mitten in der Wüste, würdig, von der UNESCO zum Kulturerbe der Menschheit erklärt zu werden. Die Begeisterung des «Entdeckers und Förderers», Dieter Strauss, einst Leiter des Goethe-Instituts in Santiago, hat gezündet und sich übertragen - auch auf die Bundesregierung in Bonn! Dank ihrer finanziellen Unterstützung konnte im Jahre 1992 eine erste Etappe, die Grundrestaurierung des Theaters, abgeschlossen werden. Wichtige Schritte sind gefolgt, um aus Chacabuco dereinst ein lebendiges Forschungs- und Begegnungszentrum, einen Kommunikationsort für kulturelle Aktivitäten aller Art und einen Anziehungspunkt für Touristen zu machen.

Die Gründung der «Corporación Cultural Ex-Oficina Chacabuco», an der alle wichtigen örtlichen Träger beteiligt sind, hat das Projekt auf eine breite Basis gestellt. Chacabuco ist in das Blickfeld einer breiten Öffentlichkeit gerückt, allseits regt sich Interesse, über dieses wichtige Kapitel der Industrie- und Sozialgeschichte Chiles wieder mehr zu erfahren. Der

chilenische Staat, voran das Schatzministerium engagiert sich immer stärker. Der Intendent der II. Region hat mit dem Wiederanschluss Chacabucos an das Wassernetz einen entscheidenden Schritt für die Neubelebung des Ortes vollzogen. Die Versorgung Chacabucos mit elektrischer Energie, ebenfalls durch die regionale Regierung, ist in Vorbereitung. Für das sanitäre Problem werden Lösungen erarbeitet.

Und die Bundesregierung «bleibt am Ball».

Mit der Finanzierung einer zweiten Restaurierungsphase, der Grundsanierung der an das Theater anschliessenden Philharmonie, unterstreicht sie ihr Interesse an der Fortführung dieses für die Identität der II. Region und die Geschichte Chiles so wichtigen Projektes. Doch vieles bleibt auch dann noch zu tun, soll Chacabuco zu dem kulturellen Begegnungszentrum werden. Angesichts der knappen öffentlichen Kassen in Deutschland wie in Chile gilt es deshalb, den privaten Sektor für dieses kulturpolitisch so wichtige Projekt zu interessieren und deutsche wie chilenische Unternehmer zu motivieren, sich aktiv an der Finanzierung dieses grossartigen Vorhabens zu beteiligen!



REFLEXIONES



PREFACIO

Michael de la Fontaine

EL FILOSOFO ALEMAN Max Horkheimer declaraba hace 50 años: «Un paisaje varía según la persona que lo observa: el campesino, el cazador, el soldado, el caminante, el piloto».

Esta expresión es válida para cualquier lugar en el que viven seres humanos. Y mucho más aún para una ciudad en pleno desierto. Hemos pensado que la mejor manera de rendir justicia a Chacabuco era reuniendo las más variadas voces. Voces vueltas hacia el pasado de sudor y lágrimas, del cual las ruinas y los grafitti son testigos incompletos. Voces del presente que claman por agua en el desierto, por dinero y por constructores. Voces del futuro, que hablan de un Chacabuco vivo, con juventud y cultura, ciencia y turismo.

No presentamos aquí una ciudad fantasma, sino una ciudad de los espíritus que hablan por sí mismos y por un lugar que una vez fue diferente, que es distinto hoy y que podría ser otro en el futuro.

VORWORT

Michael de la Fontaine

DER DEUTSCHE PHILOSOPH Max Horkheimer erklärte bereits vor rund 50 Jahren, eine Landschaft sei so, wie der Betrachter sie braucht: der Bauer, der Jäger, der Soldat, der Spaziergänger, der Pilot.

Wahrscheinlich gilt der Satz für jeden Ort, an dem Menschen leben. Wieviel mehr aber wohl für eine Stadt im Niemandsland. Wir glaubten, Chacabuco am ehesten gerecht zu werden, indem wir ganz verschiedene Stimmen zu Wort kommen liessen. Stimmen, rückwärts gewandt, eingedenk Schweiß und Tränen, Erinnerungen wachrufend, von denen Ruinen, Schrott und Graffiti nur unvollkommen Zeugnis ablegen. Stimmen der Gegenwart, die nach Wasser rufen in der Wüste, nach Geld und Baumeistern. Stimmen der Zukunft, die von einem lebendigen Chacabuco berichten mit Jugend und Kultur, Wissenschaft und Tourismus. Keine Geisterstadt also wird vorgestellt, sondern eine Stadt der Geister, die für sich sprechen und für einen Ort, der einmal anders war, anders ist, anders sein könnte.

EL CANTO DEL AGUA

Carlos Cerda

NOS ENSEÑARON QUE las culturas perpetúan con monumentos aquello que desean honrar. Pero sabemos que no son los pueblos quienes deciden la construcción de esos monumentos programados. El pueblo es siempre, claro, el autor material de estas obras, y son muchos los casos que nos hablan de su titánico esfuerzo para erigirlas. Hay, sin embargo, monumentos no proyectados, verdaderas erupciones en la historia de las ciudades. Aunque con ellos no se quiso honrar a nada ni a nadie, terminaron siendo recordatorios más auténticos, pues sin quererlo expresan el largo e imprevisto camino de la historia; llegaron así a ser el emblema material de una época o de una cultura. Pero incluso cuando levantan este tipo de monumentos, los pueblos apenas construyen señales. Escasas e incompletas señales que apuntalan nuestra frágil memoria.

Chacabuco es justamente el tipo de monumento con que el hombre puede rescatar lo suyo, salvarlo del devastador fuego del tiempo. Y sin embargo, cuando lo conocí, cuando recorrí sus calles y sus sequedades, me pareció que era un monumento a lo que nadie quiere recordar. Una suerte de involuntario homenaje a la

amnesia. Un signo de la parálisis de nuestra memoria.

Estuve en Chacabuco, por primera vez, en septiembre de 1992, con ocasión de la fiesta inaugural del teatro recién restaurado. Primero fue el asombro que me hizo enmudecer: hay demasiado azul, el cielo se derrama a lo largo y a lo ancho, siempre cerca de nuestras cabezas; y la tierra tiene, a pesar de la aridez, algo de materia elemental y primera, algo enorme y tranquilo como la arcilla, como el barro bíblico. Y luego del asombro inicial vinieron las preguntas, ese otro lenguaje de la fascinación. ¿Qué sabíamos de Chacabuco? ¿Qué sabía un chileno como yo, de mi edad, educado antes de la dictadura, en un país con marcadas expresiones progresistas? Casi nada, en realidad. Una vaga historia de sacrificios, cierre de oficinas, abandono; una muchedumbre de pies llagados sobre la pampa que arde, el regreso de la migración y de la esperanza para quienes llegaron hasta allí desde los campos de la zona central, una tierra más ajena aún; a pesar de los verdores y los racimos, más prohibida. Un paraíso verde que expulsó al hombre desde el momento de nacer. ¿Y qué más sabíamos? ¿Cuántos hombres, cuántas mujeres, cuántos niños poblaron ésa y las otras oficinas salitreras? ¿Cuántas horas trabajaban? ¿Qué comían? ¿Cómo dormían esos compatriotas olvidados? ¿Qué soñaban? ¿O no tiene sentido ocuparse de gente tan modesta? ¿Pero si ellos - y tampoco lo sabíamos - habían construido con sus manos la única riqueza que tocó a este país con la rapidez de un rayo!

En muy poco tiempo el salitre permitió construir mansiones, casinos, hipódromos, parques de cuidado refinamiento, balnearios que les permitieron, a quienes ya lo tenían casi todo, adquirir el único privilegio que les

faltaba: la inagotable cercanía del mar.

Recuerdo lo que me ocurrió ese día dentro del magnífico teatro recién restaurado. Pensé que un oído atento tal vez fuera capaz de escuchar el verdadero coro; no el que se podía oír allí en ese escenario, ni el que se oyó, también allí, en el tiempo de los olvidados esplendores. Creí entonces escuchar el otro coro, el de las voces clamando en el desierto; la canción construida con murmullos y en sordina, pero también el himno cantado en tono enérgico, las largas marchas por la pampa, la esperanza organizada; voces flotando en la levedad sin tiempo del tiempo, uniéndose a otras, expresando el hambre y la rabia de los años del salitre y también la dignidad que fue capaz de vencer a la tortura y a la muerte, en los días recientes de la dictadura.

¿Por qué nunca escuchamos ese canto? En los textos de estudio siempre faltó la historia que daba cuenta del origen de esas voces. La escuela fue sorda a ese clamor. Y la prensa oficial también cerró sus oídos cuando Chacabuco fue campo de concentración. El coro de los sufrientes no podía entrar en las ciudades. Y esas voces vivieron su exilio en el desierto.

Ahora, con el renacer de la cordura, cuando recién - y con miedo - empezamos tímidamente a llamar culpa a la culpa y crimen al crimen, Chacabuco tiene la posibilidad de ser un hogar para esas voces, que entonces no serán un coro de fantasmas. Puede ser el lugar del amparo, del dolor que no se olvida, la fuente de la memoria, el canto del agua. Porque en este caso el desierto real, esa vasta soledad de sequedades, es metáfora de otro territorio devastado: nuestra memoria colectiva.

Somos lo que recordamos y somos, sobre todo, la

forma que adquiere nuestro recuerdo. Tanto cuando se trata de nuestro ser más íntimo, como cuando nos referimos a nuestra común condición humana. Y sin embargo pareciera que aún no estamos dispuestos a tener memoria. ¿Queremos en realidad escuchar esas voces o preferimos que sigan clamando en el desierto? ¿Queremos recordar y oír? Y si quisiéramos, ¿cómo lograrlo?

El entusiasta aporte de nuestros amigos alemanes a la reconstrucción material de este monumento no es una dádiva carente de sentido ético y político. Es, por sobre todo, la consecuencia de una reflexión cada día más urgente, allá y acá, para todos nosotros. Y esa reflexión nos dice: la sangre que se olvidó, volverá a ser derramada; la mano que la derramó, sin auténtico arrepentimiento o sin castigo, repetirá su crimen.

No perdamos esta oportunidad de la memoria y de la justicia. No perdamos esta oportunidad que hoy se llama Chacabuco.

DEBE HABER SIDO UNA MOMIA

Dieter Stauss

«UNA LOCA GEOGRAFÍA» es el apodo que el escritor Benjamín Subercaseaux dio a su patria, que se extiende entre el desierto de Atacama en el norte y la Antártida en el extremo sur. Chile es, sin lugar a dudas, un país de extraordinarios contrastes: con un desierto árido «amarillo» en el norte y un desierto húmedo, templado y «verde» en el sur, como Darwin llamara a la selva patagónica en 1828.

El desierto, sin embargo, es más bien gris ocre, lóbrego y polvoriento; es un paisaje esmirriado. Sólo las huellas de los mineros cruzan la superficie hostil. Si no fuera por el litio, el potasio y el boro, por el salitre y sobre todo el cobre, seguramente ya nadie viviría en esta parte del mundo. Nada crece allí, ni un árbol, ni un arbusto, ni siquiera un tallo de hierba. La tierra está cubierta de gujarros, de polvo, de arena, e incluso de sal. Al noreste de Chacabuco se encuentra el Salar de Atacama, una costra salina con una superficie casi tres veces más grande que el lago de Constanza, y que en partes recuerda a campos recién arados cubiertos de nieve, enmarcada por los conos volcánicos de la Cordillera de los Andes, de hasta 6.000 metros de altura.

El visitante que hoy se adentra en el Norte Grande y la Ruta del Salitre, irremediamente se encontrará también con los antiguos cementerios de las oficinas salitreras, con las tumbas profanadas, los ataúdes abiertos y los muertos momificados: no llueve nunca. ¡Jamás! Esta es la razón de por qué los muertos, momificados, sobrevivieron. Invariablemente, el viajero conocerá también las ruinas de los antiguos poblados, las ciudades fantasmas del salitre. Por ejemplo Chacabuco, en actividad entre 1924 y 1938, que daba trabajo a cerca de 3.000 obreros y empleados. Considerando los familiares, 10.000 personas vivieron en el mayor centro salitrero entre Antofagasta y Calama. Como la mayoría de las oficinas, también Chacabuco era en gran parte autónoma, con su sector industrial y su barrio residencial y comercial, con Plaza de Armas, teatro, filarmonía, administración, hospital, iglesia, escuela y hotel.

Nadie se establecía en el lugar por el mero deseo de vivir allí. ¿Qué podía ofrecer? Se iba por el dinero rápido que el salitre prometía. Era lógico, pues a los pocos años de la Guerra del Pacífico (1879-1883), la minería del salitre jugaba para Chile el rol que el petróleo juega hoy en día para los países de Oriente Medio. Esto significó el poblamiento del Norte Grande, la creación de nuevos mercados para el centro nacional ubicado más al sur, y un mejoramiento del nivel general de vida. Sin embargo, mientras duró la fiebre del salitre, se perdió la oportunidad de preparar al país para el «día siguiente», para los tiempos posteriores al *boom* del salitre. El gran receso comenzó después de la Primera Guerra Mundial con el invento de fertilizantes sintéticos: las ventas bajaron de 3 millones de toneladas en 1916 a 1,1 millones en el año

1921. El «fin» de la industria salitrera chilena estaba programado...

Con Justus Liebig, el gran químico, y su propagación del salitre como abono natural; y con Haber-Bosch, los inventores del fertilizante sintético, los alemanes estuvieron presentes -por así decirlo- en el nacimiento y en el funeral del salitre. Todo esto sin considerar a empresarios alemanes, como Juan Gildemeister, quienes a partir de 1870 instalaron oficinas salitreras.

Pienso que debe haber sido una momia, en uno de los cementerios del desierto, la que despertó mi interés por el mundo perdido del salitre. En el momento en que a esto se agregó la historia, el tema me absorbió por completo. Durante la dictadura militar Chacabuco fue temporalmente un campo de concentración. Los rayados murales testimonian aún hoy un doloroso pasado. Tal como después de la batalla de los Hunos, por los Campos Cataláunicos seguían resonando los gritos de guerra y ruidos de sables cuando ya la oscuridad había caído sobre el campo de batalla cubierto de cadáveres, y los espíritus de los caídos no encontraban la paz ni en la muerte y continuaban su lucha sobre las nubes, del mismo modo las víctimas de la dictadura hasta el día de hoy claman por sus derechos, por su rehabilitación, por el reconocimiento de sus «heridas». Una gran parte de la sociedad desearía sobre todo una cosa: instalar «recycling points» para el pasado, vale decir: olvidar. El pasado es tan molesto como los productos del ayer. Tan superfluo como la basura de empaques que a diario acarreamos a nuestros hogares y que al final van a dar a los «recycling points».

De modo que el pasado no quiere pasar. Ni en Chile

ni en Alemania. Menos aún la pregunta acerca de cómo deberíamos enfrentar este pasado.

Para el equilibrio interno de un pueblo es de suma importancia que rememore no sólo los hechos grandes, positivos y «luminosos» de su historia, sino también los períodos oscuros y hechos horrorosos que son parte de ella. El pasado es indivisible. La palabra alemana «Denkmal», monumento, puede desglosarse en «Denk mal»: ¡piensa una vez!, lo que abarca también los aspectos sombríos. Los alemanes han vivido este conflicto de múltiples maneras. Más de un sitio de horrendos crímenes del régimen nazi ha sido sacrificado al ciego afán de renovación, y al deseo de reprimir una historia que, sin embargo, es imposible borrar de esa manera. Una cosa está clara: la mantención de monumentos sólo puede contribuir, preparar, recordar. También conservar. ¡Pero somos nosotros los que debemos pensar! Y vale la pena. Especialmente en el caso de Chacabuco, un monumento que recuerda, orientándose hacia el futuro y a la reconciliación, una etapa histórica difícil para Chile. Es también un monumento industrial que revive el desaparecido mundo del salitre, y con éste el desarrollo de las leyes sociales y del movimiento sindical de Chile. Y esto de una manera sugerente: como una nostálgica ciudad fantasma en un entorno único, en el desierto más árido del mundo, con la Cordillera de los Andes como telón de fondo.

Comprenderán que me sentí feliz cuando, en Chacabuco, una colega chilena me regaló una entrada para el teatro de los años treinta, diciéndome: «para que siempre puedas entrar». La colega había encontrado la entrada que estaba naturalmente bien conservada gra-

cias al clima seco del desierto, bajo los escombros de Chacabuco.

Para que usted «siempre pueda entrar» a Chacabuco estamos restaurando esta ciudad fantasma. En el marco de una primera etapa ya han sido restaurados el teatro, la plaza con su glorieta y una casa de obreros. Como segunda fase se están instalando luz y agua, y se restaura la filarmonía al lado del teatro. En 1995, en el marco de una tercera fase será recuperada una calle completa con alrededor de quince viviendas que dan a la plaza, para ser destinadas como casas de huéspedes, y que junto con el teatro y la filarmonía pasarán a formar la parte restaurada de la ciudad fantasma. A continuación, y finalmente, una cuarta etapa prevé la creación de un museo industrial.

EINE MUMIE WIRD ES GEWESEN SEIN

Dieter Strauss

«EINE GEOGRAPHISCHE VERRÜCKTHEIT», so nannte der Schriftsteller Benjamín Subercaseaux seine Heimat zwischen Atacama-Wüste im Norden und Antarktis im Süden! Ein Land krasser Gegensätze, das ist Chile auf jeden Fall, mit einer trockenheissen «gelben» Wüste im Norden und einer feuchtkühlen «grünen» Wüste im Süden, so zumindest nannte Charles Darwin 1828 den südchilenischen Urwald.

«Quittengelb» ist die Wüste allerdings nicht, eher grau-gelb, dumpf und staubig: Es ist eine ausgemergelte Landschaft, nur die Pisten der Minenarbeiter durchziehen die lebensfeindliche Einöde. Ohne das Lithium, Kalium und Bor, ohne den Salpeter und vor allem das Kupfer würde wohl kaum noch jemand in diesem Teil der Welt wohnen. Es wächst dort nichts, kein Baum, kein Strauch, nicht einmal ein Grashalm. Das Land ist von Geröll überzogen, von Staub, von Sand - sogar von Salz, nordöstlich von Chacabuco: hier liegt der Salar de Atacama, eine Salzkruste, die fast dreimal so gross wie der Bodensee ist, stellenweise an verschneite frischgepflügte Äcker erinnert und von den bis zu 6.000 Meter hohen Vulkankegeln der Anden eingerahmt wird.

Wer heute den Norte Grande und die Salpeterstrasse besucht, stösst auch unweigerlich auf die alten Salpeter-Friedhöfe, auf die gefledderten Gräber und die aufgebrochenen Särge mit den mumifizierten Toten: Es regnet nicht! Nie! Das ist der Grund dafür, dass die Toten als Mumien bis heute überlebten! Unweigerlich stösst man auch auf die alten Ruinenstädte, auf die Salpeter-Geisterstädte. Z.B. auf Chacabuco, eine Stadt, die von 1924 - 1938 in Betrieb war und ca. 3000 Arbeiter und Angestellte beschäftigte. Zählt man die Familienangehörigen mit, lebten ca. 10.000 Menschen in dieser grössten Salpeterstadt zwischen Antofagasta und Calama. Wie die meisten Oficinas war Chacabuco mit seiner Industriezone und seinem Wohn- und Geschäftsviertel mit Plaza de Armas, Theater, Philharmonie, Verwaltung, Hospital, Kirche, Schule und Hotel weitgehend autonom.

Niemand kam um des Ortes willen hierher. Was hatte er auch zu bieten? Man kam wegen des schnellen Geldes, das der Salpeter nach dem Pazifikkrieg (1879 - 1883) für Chile die Rolle des Erdöls in den nahöstlichen Staaten von heute. Und das heisst, der grosse Norden wurde besiedelt, ein neuer Markt für das weiter südlich gelegene Kernland entstand, und das allgemeine Lebensniveau wurde gehoben. Aber: im Salpetertausch wurde versäumt, Chile für den Tag «danach», für die Zeit nach dem Salpeter-Boom, zu rüsten. Der grosse Einbruch setzte dann nach dem Ersten Weltkrieg mit der Erfindung des Kunstdüngers ein: der Salpeterabsatz sank von 3 Mio. (1916) auf 1,1 Mio. Tonnen im Jahre 1921. Das «Aus» der chilenischen Salpeterindustrie war damit programmiert...

Apropos deutscher Einfluss: mit Justus Liebig, dem

grossen Chemiker und seiner Verwendung des Salitre als Düngemittel und mit Haber- Bosch, den Erfindern des Kunstdüngers, stehen die Deutschen sozusagen an der Wiege und an der Bare des Salpeters. Ganz zu schweigen von deutschen Unternehmern wie Juan Gildemeister, die ab 1870 Oficinas Salitreras aufbauten.

Doch, eine Mumie auf einem der Salpeter-Friedhöfe wird es gewesen sein, die mein Interesse an der versunkenen Salpeterwelt erweckte. Als dann noch die Geschichte «hinzutrat», war es um mich geschehen: Chacabuco war unter der Militärregierung Chiles für einige Zeit Konzentrationslager, Slogans an den Wänden dieser Oficina erzählen noch heute die leidvolle Geschichte! Und so wie man nach der Hunnenschlacht über den katalaunischen Feldern weiter Kampfgeschrei und Schwertergeklirr hörte, als sich die Dunkelheit über die leichenbedeckte Walstatt senkte, so wie die aufsteigenden Geister der Gefallenen selbst im Tod keine Ruhe fanden und über den Wolken den Kampf fortsetzten, so fordern in Chile heute noch die Opfer der Diktatur ihr Recht, ihre Rehabilitation, die Anerkennung ihrer «Wunden». Und ein grosser Teil der Gesellschaft will am liebsten nur eins: vergessen! Vergangenheit ist so störend wie die Produkte von gestern. Sie ist so überflüssig wie der Verpackungsmüll, der jeden Tag ins Haus geschleppt wird und in den Recycling-Points landet!

Die Vergangenheit will also nicht vergehen. Weder in Chile noch in Deutschland! Und schon gar nicht die Frage, wie wir mit der Vergangenheit umgehen sollten.

Dabei ist es für das innere Gleichgewicht eines Volkes äusserst wichtig, dass es nicht nur an die grossen und positiven, an die "hellen" Ereignisse seiner Vergangenheit

durch Monumente erinnert, sondern auch an die düsteren Perioden, an die schrecklichen Taten seiner Geschichte. Vergangenheit ist unteilbar! Das deutsche Wort Denkmal -"Denk mal!"- steht für ein Gedenken auch der Schattenseiten.

Die Deutschen haben diesen Konflikt vielfältig durchlebt. Mancher Ort grauenvoller Taten des Nazi-regimes ist blinder Renovierungswut geopfert worden, auch dem Wunsch, eine Vergangenheit zu verdrängen, die damit freilich nicht ungeschehen gemacht werden kann.

Ganz klar ist: Denkmalpflege kann nur zuarbeiten, aufbereiten, vergegenwärtigen - auch pflegen. Denken müssen wir schon selbst! Und das lohnt sich - gerade im Fall von Chacabuco, eines Mahnmals, das zukunfts- und versöhnungsbezogen an eine schwierige Phase Chiles erinnert und eines Industriedenkmal, das die versunkene Salpeterwelt und damit die Entwicklung der Sozialgesetze und der Gewerkschaftsbewegung in Chile wiederbelebt.

Und das in äusserst verführerischer Form: Als nostalgische Geisterstadt in einmaliger Lage: in der trockensten Wüste der Welt vor dem Hintergrund der Andenkette!

Kein Wunder, dass ich beglückt war, als mir eine chilenische Kollegin in Chacabuco eine alte Eintrittskarte aus den 30er Jahren für das Theater mit den Worten schenkte: "Damit Du immer reinkannst!" Die Kollegin hatte die Karte unter den Trümmern Chacabucos gefunden, sie war natürlich bei dem trockenen Wüstenklima gut erhalten.

Damit Sie "immer reinkommen", nach Chacabuco, restaurieren wir diese Geisterstadt. In vier Etappen! Im

Rahmen der ersten Restaurierungsetappe sind bereits das Theater, die Plaza mit den Musikpavillons und eine Arbeiter-Wohnung restauriert worden. Im zweiten Schritt werden Wasser und Licht gelegt, und wird die Philharmonie neben dem Theater restauriert. 1995 soll dann im Rahmen der dritten Etappe ein ganzer Strassenzug mit ca. 15 Wohnungen folgen, ein Strassenzug, der auf die Plaza mündet und damit zusammen mit Theater und Philharmonie den restaurierten Teil der Geisterstadt bilden wird und als Gästehaus dienen soll. Anschliessend wird dann als Abschluss und vierte Phase ein Industriemuseum entstehen.

HECHOS





BREVE HISTORIA DEL SALITRE

Leopoldo Castedo

HE VISITADO CHACABUCO no hace mucho, cuando todavía se hallaba en el estado ruinoso derivado, más que de la impecable destrucción del tiempo, de los sucesos narrados con mayor autoridad que la mía por algunos testimonios y partícipes en ellos, además de los estudiosos que conocen los orígenes y las vicisitudes vividas y sufridas por la oficina salitrera. Al compartir con tan ilustres colaboradores la preparación de este libro, creo adecuado ceñir mi tarea al recuento de algunos datos relativos a la historia de una epopeya, en el transcurso de la cual se ha removido más terreno que el excavado para construir la muralla china. El compromiso con el Goethe-Institut, que me honra, coincide además con la publicación y separata de la *Revista Atenea* de mi artículo titulado «Chile en tiempos de Balmaceda» relacionado con las implicancias políticas y militares derivadas de la posesión del salitre. Los apuntes que aquí resumo se refieren, como pronto se verá, a épocas más remotas.

Durante el período de expansión del Tahuantinsuyo, los campesinos, usuarios de la tierra del Inca, conocieron y aplicaron diversas clases de abonos. Además del gua-

no, abundante de antiguo y, según relata el Inca Garcilaso, rigurosamente administrado, al extremo de condenarse a muerte a quien perturbara a los pájaros durante la época de la postura, emplearon los millares de peces arrojados a las playas periódicamente y, por cierto, el estiércol de variados orígenes. Pero el abono más «moderno», diríamos hoy, y ya prácticamente industrializado por ellos fue, según Emilio Romero, el salitre, en torno a la explotación del cual, afirma el historiador peruano, debieron existir en Tarapacá verdaderas concentraciones urbanas destinadas a extraerlo, pulverizarlo y distribuirlo de acuerdo con sus avanzados sistemas de cultivos.

Es posible, incluso, que supieran de las cualidades del nitrato como explosivo, porque los españoles, a poco andar de la conquista, no sólo las conocieron, sino que incluso en 1571 el rey Felipe II, que de los más mínimos detalles en la administración de las Indias se ocupaba, reservó por Real Cédula de esta fecha su explotación para los administradores de los bienes de la Corona y estableció, de esta manera, el Estanco del Salitre.

Por aquellas épocas la provincia de Tarapacá, en sus tres fracciones chilena, boliviana y peruana, estaba poblada por inmensos bosques de la variedad del algarrobo conocida con el chilenismo de tamarugo. Como este sufrido árbol era el único combustible a la mano para manipular el salitre, el expolio fue casi total, fenómeno que, por desgracia, no es único, aunque tal vez sí el primero en el norte, que después fue chileno. Permítaseme, de pasada y con la venia muda del lector, la reproducción de una frase incluida en mi obra sobre pintura mestiza *The Cuzco Circle*: «Podría reescribirse la Historia de España

y, por ende, la de Hispanoamérica, como la 'Historia de los Enemigos del Arbol'». Sin que el dato siguiente signifique una acusación, es oportuno citar el relativo a la pragmática de la Corona concedida a los jesuitas para explotar el salitre, privilegio vigente hasta su expulsión en 1767.

La salida del territorio de los jesuitas no significó el término de la explotación del salitre. En 1795 Mariano Olleros, quien mucho se honraba de su condición de indio, inventó un procedimiento para tratar el caliche que en buena medida representó una anticipación a los sistemas puestos en práctica un siglo después.

Pocos años antes había comenzado sus tareas en América del Sur la expedición científica española de Ruiz y Pavón. Finalizados sus estudios, dieron a conocer en Europa el valor enorme del abono. En 1809 el naturalista bohemio Thadäus Haenke concibió y llevó a la práctica, si bien sólo aplicable en operaciones de pequeña escala, la técnica del tratamiento y reducción del nitrato para lograr su total pureza. El invento de Haenke consistía en la lixiviación (uso de solventes) del caliche en grandes receptores de hierro calentados a fuego directo. El chileno Pedro Gamboni fue el primero en realizar en 1853 la lixiviación inyectando directamente vapor de agua. Además fue el descubridor del yodo en las llamadas «aguas viejas», las soluciones residuales de la precipitación del salitre. Este avance fundamental fue perfeccionado por Santiago Humberstone en 1876, al aplicar el vapor indirectamente en forma tubular, lo que hacía más económico el procedimiento.

En rigor, la comercialización del salitre comenzó, si bien en términos modestos, en 1820 con los primeros

embarques a Europa. Diez años después había alcanzado cierto desarrollo su aplicación en el Viejo Mundo. En 1835 Perú y Bolivia exportaron 166.000 quintales; pero su mezquino precio y las dificultades en el transporte menoscabaron en gran medida la demanda. Además, y el hecho no deja de tener su importancia, como la navegación se efectuaba por el Estrecho de Magallanes y las inversiones chilenas aumentaron considerablemente desde los descubrimientos de José Santos Ossa a que me referiré de inmediato, las transacciones no se hacían en El Callao, sino en Valparaíso. Años antes de la Guerra del Pacífico muchos europeos creían que el salitre no era, a la sazón, peruano y boliviano, sino chileno.

Otros motivos había, además, para ello. En la singular y apasionante novela de los cateadores chilenos del desierto suramericano, tres nombres adquirieron al promediar el siglo XIX valores de leyenda: Diego de Almeyda, José Antonio Moreno y José Santos Ossa. Las hazañas de los tres fueron de similar magnitud; pero en relación con el salitre, tema central de estas páginas, las de José Santos Ossa adquieren singular importancia, porque él fue un verdadero redescubridor en cuanto a su valor económico. Con el propósito de superar la pérdida total de sus bienes a raíz de un incendio, emprendió renovadas exploraciones en 1866 y 1867, una de ellas en procura de un atajo que acortara la ruta al lugar entonces llamado La Chimba y después Antofagasta, ciudad por él fundada. Cerca de un salar entre los muchos de su recorrido, hizo su hijo Alfredo un hoyo del que extrajo un puñado de material blancuzco. Al aplicarle una mecha, ardió. Habían descubierto una amplia capa de caliche. De inmediato Ossa formalizó con el gobierno boliviano

de Melgarejo la oportuna concesión, obtuvo créditos de la firma Gibbs y Cía. y constituyó, con Francisco Puelma y Agustín Edwards, la sociedad «Compañía del Salitre y F.C. de Antofagasta», con un capital de 1.500.000 pesos.

La iniciativa de José Santos Ossa fue sólo el comienzo de un proceso que convirtió a Chile en el país exportador monopólico del abono natural más cotizado, hasta su obtención sintética en Alemania al comienzo de la Primera Guerra Mundial. De acuerdo con los estudios del ingeniero Belisario Díaz Ossa, dados a conocer en 1925, el término medio anual de la producción de nitrato de sodio desde el comienzo del siglo fue de dos millones y medio de toneladas. De ellas, cuatrocientas mil de nitrógeno puro con un valor de trescientos millones de pesos oro. Sumadas estas cifras a las derivadas de productos complementarios, según Díaz Ossa, la industria del salitre rindió 42.000.000.000 de pesos oro durante el mismo período. De estas enormes cifras de dinero, paradójicamente si se quiere, Chile sólo percibió las correspondientes a los derechos aduaneros de exportación; según la misma fuente: dos millones de pesos oro.

Cuadra cerrar estas notas con el oportuno elogio de la personalidad y las extraordinarias cualidades del barretero, del palero, del cargador nortino, que hicieron posible la real epopeya del salitre. Su vitalidad, su energía, sus fuerzas musculares y su resistencia a la intemperie sorprendieron a cuantos observadores pudieron percatarse de estas cualidades. Su frugal comida consistía en 20 onzas de harina y seis manos de higos para el almuerzo y un plato de frijoles con grasa, mote y ají para la comida. Encarnación humana de la soledad, sus afectos se limitaban al del compadre, con el que solía compartir

el «torito» (rancho) cuando pernoctaba en los inhóspitos conventillos de las compañías. Esporádicamente bajaba al pueblo y bebía. Oía entonces al pallador o al cateador amigo referir sus andanzas. Trabajaba sin descanso hasta que su tremenda naturaleza se rendía y cuatro compañeros llevaban el cadáver al cementerio vecino, si existía. Huía del hospital como de la peste. Creo que en pocos lugares se han producido, en verdadera ralea, especímenes tan esforzados y corajudos como en este Norte Grande chileno del salitre.

DEFENSA DE UN PATRIMONIO

Edwin Binda

SI ENTENDEMOS QUE la conservación y restauración de un bien patrimonial tiene como objetivo primordial, prolongar la vida del testimonio histórico de un pueblo, debemos reconocer como esencial la recuperación y puesta en valor de lo que fueran las oficinas salitreras en la pampa del Norte Grande y que surgen junto a la explotación salitrera en la segunda mitad del siglo pasado, ya que éstas constituyen una materialidad viva y pronta a desaparecer dentro del contexto histórico de nuestra nación.

La razón última de la restauración se puede resumir en dos puntos principales:

- Proteger las fuentes objetivas del conocimiento histórico.
- Garantizar la permanencia de las evidencias en que se fundamenta la conciencia de identidad¹.

La materialidad visible del bien patrimonial que en este caso constituyen los diversos pueblos diseminados en la pampa del Norte Grande, se compone de un variado espectro de axiomas y elementos arquitectónicos que

finalmente darán forma física a aquello que definiremos como conjunto monumental preservable.

Partiendo por su emplazamiento, trazado y diseño de conjunto, estos asentamientos, unidades únicas e indisolubles, se convierten en ejemplos de trazado urbano de características propias e irrepetibles. Las formas arquitectónicas como respuesta a una practicidad en el uso, al clima y a las condiciones geográficas adversas, las inscriben dentro de una particularísima expresión arquitectónica del desierto.

La materialidad constructiva, mezcla de lo tradicional (adobe, tabiquería de adobe y otras formas que involucra el material tierra) con nuevos materiales: planchas de zinc, clavos de alambre, pernos, etc., dará cabida también a nuevas técnicas constructivas y estructurales donde se combinará lo tradicional artesanal con lo industrial y mecanizado permitiendo de esta manera agilizar el proceso constructivo y alivianar los costos. (Una investigación sobre este tópico resulta de insospechado interés).

Todo ello dará como respuesta un espacio urbano y arquitectónico único e irrepetible, constituyéndose en un valor histórico-arquitectónico que merece prolongar su vigencia para el conocimiento e investigación de las nuevas generaciones.

Don José Santos Ossa descubre los mantos calicheros del Salar del Carmen luego de numerosas expediciones por la costa y el interior del desierto y que emprende desde Cobija, verdadero centro neurálgico de la región. En julio de 1868 la Compañía Explotadora del Desierto solicita al gobierno de Bolivia privilegio exclusivo para explotar el salitre en el distrito litoral de Cobija. Al año

siguiente «se comienza a levantar la primera oficina salitrera. La sociedad fundada por Gibbs, Ossa, Edwards y otros, traerá desde Tarapacá personal especializado, preferentemente inglés, que dirigirá la construcción de las instalaciones ya sean en el Salar del Carmen, como en el pueblo de Peña Blanca o La Chimba (después llamado Antofagasta), que se estaba formando como consecuencia de las faenas que se iniciaban»². Desde ese momento la pampa comienza a cubrirse de una gran cantidad de establecimientos industriales calicheros construidos por hombres venidos de todas partes del país y del mundo.

«Las primeras oficinas construidas entregaban a los obreros chozas miserables, hechas con planchas de fierro acanalado, sacos y trozos de costras...» (de caliche)³, condiciones que paulatinamente y al ir avanzando en el tiempo, éstas mejorarán sustancialmente.

La construcción del ferrocarril se inicia en 1873 desde Cobija para llegar hasta el Carmen Alto en 1875 y hasta Salinas en 1876. En 1881 llegará a Pampa Central y a principios del siglo llegará hasta la ciudad de Oruro en Bolivia⁴.

Hacia 1885 el capital inglés y en menor medida el capital alemán explotan los grandes yacimientos de salitre de las provincias nortinas recién conquistadas a Bolivia y Perú. La industria del salitre genera una riqueza sin parangón para el erario nacional, que usufructúa por la vía tributaria de un impuesto a la exportación del producto. Cabe señalar que aunque la proporción de las ganancias que retiene el Estado es relativamente pequeña, representa un significativo aumento con respecto a los ingresos tradicionales del país.

La gran importancia de la explotación salitrera para

la economía nacional se ubica entre los años 1880 hasta los alrededores de 1930, época en que este rubro deja de ser un aporte sustancial al ingreso nacional debido a su sustitución en la agricultura por el salitre sintético.

Durante este período de bonanza que acarrea el auge del salitre en las provincias nortinas, surgirá una arquitectura floreciente, de estilos diversos, influida principalmente por la presencia extranjera en la economía que nos preocupa. Ciudades como Iquique, Valparaíso y Santiago se verán favorecidas por este auge constructivo de grandes edificios.

«Una poderosa y próspera colonia inglesa y norteamericana influyen los gustos e imponen una arquitectura que a partir del británico georgian y reinterpretada por los Estados Unidos, venía exportándose desde California al litoral sur del Pacífico»⁵.

Santiago será escenario desde el inicio del auge del salitre de una nueva tipología arquitectónica de notable refinamiento, surgiendo los grandes palacios urbanos. Ejemplo de ellos será el Palacio Pereira, el Palacio Meiggs, la Quinta Meiggs, el Palacio de Edwards, la Casa Havilland, el Palacio Ossa, la quinta Ossa (hoy Casa de la Cultura de Ñuñoa), etc., todos ellos construidos por arquitectos y personalidades involucradas de una u otra manera con la prosperidad económica que generó el salitre.

«Como consecuencia de la riqueza proveniente del salitre, la plata y el carbón, las construcciones que tuvieron su origen en la época hispánica comienzan a alterarse de acuerdo a los nuevos ideales de vida, condiciones socio-económicas, patrones estéticos y técnicas constructivas. Se adoptan estilos que delatan influencias ita-

lianas y francesas o de las arquitecturas nórdicas, tudor o georgian»⁶.

Dentro del contexto de la época, la ex-oficina salitrera Chacabuco constituye un ejemplo de particular significación dentro de nuestro patrimonio y que es menester tomar conciencia de su significado histórico y sus cualidades arquitectónicas que ameritan, sin duda alguna, su conservación y restauración en plenitud.

La oficina, perteneciente originalmente a The Lautaro Nitrate Company, fue uno de los planteles más importantes construidos en la década del 20. Fue dotada con el procedimiento Shanks, basado en la utilización del vapor de agua. Puede considerarse, sin temor a exagerar, el monumento por excelencia de la industria salitrera. Esta compañía inglesa es una de las dos principales empresas extranjeras que laboran en la extracción de nitrato, controlando un porcentaje importante de la producción total del salitre chileno. Ella es el resultado de la fusión de la empresa con la antigua Compañía de Salitres de Antofagasta, de vasta y dilatada trayectoria. La unificación de ellas significó una importante concentración de capitales, un gran bloque productivo y el indiscutible liderazgo del plantel en la producción minera.

«Desde el punto de vista urbanístico y arquitectónico, el conjunto Chacabuco se levantó en plena pampa salitrera, en un contexto natural extremadamente desértico, en medio de un paisaje geográfico impresionante por su vastedad y aislamiento. La forma de implantación cerrada de muros-casas (sur y poniente) es tal vez el rasgo más notable del asentamiento, en cuanto le otorga una singular identidad y una presencia arquitectónica en el territorio, a la vez que organiza la trama hacia el interior.

La oficina, que abarca aproximadamente 36 hás., fue planificada siguiendo los principios del damero. El asentamiento comprende dos áreas principales: industrial y habitacional, cuya superficie edificada sobrepasa los 120.000 mts. cuadrados, integrados en un conjunto cuyo diseño se subordina a una trama ortogonal, de calles vehiculares y manzanas en las que se distribuyen espacios y edificios caracterizados jerárquicamente...»⁷.

Cabe destacar dentro de estos edificios, el teatro, de aproximadamente 800 mts²., la iglesia de torre central y tres naves y la plaza provista de una glorieta central. Las características tanto urbanas como arquitectónicas del conjunto estarán condicionadas por los criterios normativos de la última etapa de las construcciones salitreras.

«...se forman calles anchas y viviendas de varios tipos, de una, dos y tres habitaciones. Generalmente la construcción era de adobes y calaminas...» y «el tipo habitacional para empleados de administración y jefes, ofrecía todo tipo de comodidades»⁸. Las oficinas emplearon el pino oregón de procedencia californiana, las planchas coarrugadas para cubiertas y forros exteriores como también vidrios de procedencia extranjera. Rasgos todos ellos de una arquitectura propia del lugar que muestra en plenitud toda su connotación histórica de gran valor monumental.

Lo señalado en los párrafos anteriores justifica plenamente la necesidad de que este monumento reciba una consideración especial de las autoridades para asegurar su conservación. Cabe mencionar que ya se han realizado intervenciones en Chacabuco financiadas por el gobierno alemán. No obstante, la calidad de este bien patrimonial exige la preocupación de la comunidad en-

tera para contribuir a su sobrevivencia y puesta en valor.

Finalmente, quisiera hacer propias las frases del notable filósofo e historiador vienés Alois Riegl⁹ en que señala:

«Por monumento, en el sentido más antiguo y primigenio, se entiende una obra realizada por la mano humana y creada con el fin específico de mantener hazañas o destinos individuales (o un conjunto de estos) siempre vivos y presentes en la conciencia de las generaciones venideras».

«Llamaremos histórico a todo lo que ha existido alguna vez y ya no existe. Según los conceptos más modernos, a esto vinculamos la idea de lo que alguna vez ha existido no puede volver a existir, y que todo lo que ha existido constituye un eslabón imprescindible e indispensable de una cadena evolutiva, o lo que es lo mismo, que todo está condicionado por lo anterior y no habría podido ocurrir como ha ocurrido si no le hubiese precedido aquel eslabón anterior. El pensamiento evolutivo constituye, pues, el núcleo de toda concepción histórica moderna. Así según la concepciones modernas, toda actividad humana y todo destino humano del que se nos haya conservado testimonio o noticia tiene derecho, sin excepción alguna, a reclamar para sí un valor histórico: en el fondo consideramos imprescindibles a todos y cada uno de los acontecimientos históricos».

«El culto al valor histórico debe pues cuidar de que el estado en que nos han llegado hoy los monumentos, se conserve en la mayor medida posible y ha de conducir por necesidad a postular la intervención de la mano humana en el curso de la evolución natural para impedir su destrucción».

BIBLIOGRAFIA

- 1.- CHANFON, CARLOS. «Fundamentos Teóricos de la Restauración». Coordinación General de Estudios de Post-Grado, Facultad de Arquitectura; Colección Post-Grado, Universidad Autónoma de México, 1988; pág. 269.
- 2.- PANADES, JUAN. «Los Pueblos Fantasma, Una Alternativa ante el Monopolio de las Oficinas Salitreras» en: *Revista Hombre y Desierto*. Instituto de Investigaciones Antropológicas, Universidad de Antofagasta-Chile, N° 5, 1991; pág. 20.
- 3.- BERMUDEZ, OSCAR. *Las oficinas salitreras adyacentes a la línea del F.C.A.B.*, Boletín Asociación de Geografía N° 3, pp. 16-17.
- 4.- *Ibid*, nota N° 2.
- 5.- GROSS, PATRICIO. «Arquitectura en Chile». Serie El Patrimonio Cultural Chileno. Colección Historia del Arte Chileno. Departamento de Extensión Cultural del Ministerio de Educación, Editorial Gabriela Mistral, Santiago, Chile, 1978, p. 60.
- 6.- *Ibid*, nota N° 5, p. 71.
- 7.- OSTRIA, CLAUDIO. «Restauración Teatro ex-Oficina Salitrera Chacabuco y Conservación del Conjunto Histórico» en: *Ponencias Preliminares*. IV Jornadas de Restauración Monumental y Preservación Arquitectónica y Urbana. Segundo Encuentro de Especialistas Americanos, Depto. de Diseño y Teoría de la Arquitectura, Facultad de Arquitectura, Construcción y Diseño, Universidad del Bío-Bío, Concepción, 1993.
- 8.- *Ibid*, nota N° 2.
- 9.- RIEGL, ALOIS. *Der Moderne Denkmalkultus. Sein Wesen und Seine Entstehung*. Viena y Leipzig, 1903, pp. 23,25 y 59.

COMO CONSERVAR UN MONUMENTO TECNICO

Josef Riederer

DESDE HACE ALGUNAS décadas se viene pensando con más intensidad en la conservación y el aprovechamiento de monumentos de la técnica y de la industria. En nuestra era, determinada por la tecnología moderna, se siente cada vez con más fuerza que no sólo el entendimiento y la evaluación de nuestro medio actual crea la necesidad de una retrospectiva hacia nuestras raíces históricas y junto con esto la observación del desarrollo histórico de la situación actual, sino que nuestros pensamientos y esfuerzos para la construcción del futuro deben ser guiados en gran medida por las experiencias de nuestro pasado. A este fin se encuentra estrechamente ligada la mantención, la documentación y el trabajo científico de documentos históricos aún existentes, los cuales nos acercan y hacen entender la historia en forma más plástica y profunda.

Chacabuco es un buen ejemplo de esto, ya que ha sufrido varios cambios importantes para la historia de Chile, los cuales ha conservado en sus ruinas. Chacabuco representó, como uno de los centros más importantes en la extracción del salitre, una etapa económica de la mayor importancia. Ella implicó las más variadas conse-

cuencias positivas y negativas para el país, desde el rápido ascenso y el increíble florecimiento de la industria del salitre, hasta su derrumbe después del invento de su fabricación química a principios de nuestro siglo; desde la consolidación política, hasta los disturbios de la guerra del salitre, producto de la acumulación de riqueza y bienestar de los empresarios a costa de los trabajadores, los que estaban obligados a realizar el más duro trabajo en un entorno bastante hostil al hombre. De la misma forma, para el pasado político inmediato, Chacabuco es un monumento de advertencia de especial importancia, ya que allí, a pesar de los esfuerzos hechos en el último tiempo para borrar las huellas de un pasado condenable, todavía se pueden encontrar suficientes evidencias del trato que se dio a los prisioneros políticos.

La relevancia de Chacabuco como monumento importante en la historia de Chile es innegable, y la oportunidad de hacer entendible la historia se da allí mejor que en cualquier otro lugar. A la salvación de este lugar que se desmorona rápidamente y a la mantención de su substancia, se contrapone el evidente problema de la ubicación de Chacabuco en medio del desierto de Atacama. Esto llevó con razón a preguntarse si en este lugar y en las condiciones allí imperantes, no caería cualquier medida de mantención tarde o temprano aniquilada por el paso del tiempo. Por este motivo tuvo sentido y se hizo necesario discutir, en el marco de una serie de seminarios que efectuó el Instituto Goethe con autoridades competentes y con las universidades de la región de Antofagasta, sobre el futuro de Chacabuco, evaluando las experiencias hechas en Alemania en la conservación y el aprovechamiento de monumentos industriales.

En Alemania se ha desarrollado una serie de posibilidades para la conservación de monumentos técnicos. Estas posibilidades cubren toda el área de reaprovechamiento de las instalaciones históricas, hasta la iluminación más amplia de los acervos históricos, manteniendo algunos objetos individuales importantes, lo que en última instancia se acerca mucho a la iluminación total. En general se llega a un compromiso, como ser el aprovechamiento del conjunto histórico para otro fin que el originario, o el traslado de partes importantes de la construcción a otro lugar en el cual la conservación sea más fácil que en el sitio original.

También para Chacabuco es válido encontrar un compromiso de este tipo, ya que las dos posibilidades marginales que se presentan, y que serían por un lado el reinicio de la extracción del salitre o por otro la aceptación de la total destrucción de este monumento importante, resultan impensables. Para Chacabuco tampoco vienen al caso las variables cercanas a un total abandono en la mantención de un monumento histórico. Es imposible retirar desde Chacabuco sus partes integrantes y situarlas en otro lugar para recordar una situación histórica, y por este mismo motivo es impensable mantener sólo una parte en el lugar. Si se llega a la conclusión de que es suficiente remodelar la plaza principal con el teatro, la filarmónica y los importantes edificios administrativos, se estaría falseando la verdadera función de Chacabuco que se igualaba a un enorme campamento de trabajadores para el cual las instalaciones culturales y los edificios de la administración, construidos con la riqueza de la empresa, no son verdaderamente representativos, pero son una parte de todo el poblado.

Si para mostrar a Chacabuco en su completa dimensión histórica se pretende la conservación amplia de los campamentos obreros, será necesario encontrar una utilidad para estos. Como se ha demostrado en las discusiones anteriores, existe una gama tan amplia de posibilidades, que en corto tiempo se podría comenzar con la realización de este plan. En primer lugar hay interés de las universidades en crear puestos de trabajo en centros de investigación sobre la región. Una segunda posibilidad se vislumbra en instalaciones que podrían ser usadas para los más variados fines turísticos. Seguramente este turismo se encuentra poco desarrollado en la actualidad. Aumentar el turismo, incluyendo Chacabuco, es una visión totalmente realista para el futuro desarrollo de esta región.

El uso, y por consiguiente el darle vida a las edificaciones de Chacabuco, es especialmente importante para los edificios que rodean a la plaza. Esta plaza es el centro del campamento, el cual en la actualidad ya posee un atractivo especial que en el futuro tampoco debe perder. Sobre la futura utilización del teatro y de la filarmonía, ya no es necesario discutir. El concierto organizado allí por el Instituto Goethe demuestra la atracción del lugar y del concierto por la gran cantidad de visitantes, los cuales llegaron allí sin problemas desde toda la región en bus o en vehículo propio. Si se persigue consecuentemente la idea del aprovechamiento de Chacabuco por parte de las universidades o para fines turísticos, tampoco habrá problemas para los edificios de la administración. La pulpería, que destaca por su posición central, su tamaño y su buena conservación, parece que fuera el lugar más indicado para un centro de documentación

sobre la historia de Chacabuco en toda su extensión, empezando por la formación geológica de la región para explicar la minería del salitre, la explicación de toda la técnica para su extracción, siguiendo por el relato de la vida en un campamento salitrero, el comercio del salitre con sus consecuencias sobre las condiciones políticas al interior del país, su impacto internacional, hasta el análisis de lo ocurrido en los tiempos más recientes. La pulpería reúne las condiciones para mantener en este sitio una amplia documentación, porque empezando por el espacio que presenta, se pueden mostrar allí los temas más variados. La propia pulpería, que conserva partes originales que nos llevan a aquellos tiempos, puede dar una visión de la vida del hombre en la forma en que la conocemos de fotografías históricas. A un lado se halla la fábrica, la que se extiende a otros sitios de producción, y la imponente chimenea. Este espacio es ideal para la información sobre los aspectos netamente técnicos de Chacabuco, los cuales en la totalidad de la muestra no deben ser subvalorizados, ya que Chacabuco en último término debe su existencia y tamaño a la presencia del salitre, su extracción y procesamiento. Justamente en relación con la inclusión que se discute de integrar Chacabuco en una amplia presentación turístico-informativa del norte de Chile como región minera y tecnológica, la presentación de los aspectos netamente técnicos de este lugar tienen una importancia singular.

El trabajo museológico de Chacabuco puede ser justamente un incentivo especial para los institutos de las universidades con los que se habló, para presentar en este lugar su especialidad y su trabajo científico. Podría ser un incentivo de mucha importancia para los museos

de Chile trabajar justamente en Chacabuco con técnicas más avanzadas de presentación de hechos históricos, documentos y elementos culturales.

Con todo esto, Chacabuco ofrece una oportunidad especial para representar en forma amplia un desarrollo histórico, una oportunidad que al mismo tiempo es un desafío, si se toma en cuenta la ubicación geográfica y la condición de rápido deterioro en que se encuentra el lugar.

Si se enfrenta este desafío, habrá muchos sacrificios y también derrotas, pero la visión de poder presentar de manera ejemplar en Chacabuco un capítulo muy importante de la historia del país y ponerlo a disposición de una amplia mayoría, nos debería fortalecer en nuestros esfuerzos para continuar los trabajos muy prometedores ya iniciados con fuerza y ahínco.

UMGANG MIT EINEM TECHNISCHEN DENKMAL

Josef Riederer

ERST SEIT EINIGEN Jahrzehnten macht man sich eingehendere Gedanken über die Erhaltung und Nutzung von Denkmälern der Technik und Industrie. In unserer von modernen Technologien bestimmten Zeit verspürt man immer eindringlicher, dass nicht nur das Begreifen und Bewerten unserer gegenwärtigen Umwelt eine Rückschau auf die historischen Wurzeln und damit eine Betrachtung der geschichtlichen Entwicklung des heutigen Zustandes erfordert, sondern dass sich unsere Überlegungen und Bemühungen zur Gestaltung der Zukunft in einem besonderen Mass von den Erfahrungen unserer Vergangenheit leiten lassen müssen. Mit dieser Verpflichtung zur Aufarbeitung geschichtlicher Entwicklungen ist die Bewahrung, die Dokumentation und die wissenschaftliche Erschliessung noch reell existierender historischer Zeugnisse eng verbunden, die uns in besonders anschaulicher und eindringlicher Art Geschichte nahebringen und verständlich machen.

Chacabuco ist dafür ein besonders überzeugendes Beispiel, da es mehrere für die Geschichte Chiles bedeutungsvolle historische Entwicklungen erfahren und in seinen Überresten bewahrt hat. Chacabuco repräsentiert

als eine der bedeutendsten Anlagen zur Salpetergewinnung einen Abschnitt enormer wirtschaftlicher Bedeutung mit allen vielfältigen positiven und negativen Konsequenzen für das Land; der steile Aufstieg und die unbeschreibliche Blüte der Salpeterindustrie bis zu ihrem Zusammenbruch nach der Entdeckung der künstlichen Salpeterherstellung zu Beginn unseres Jahrhunderts. Die Konsolidierung politischer Verhältnisse bis zu den Unruhen des Salpeterkrieges, die Ansammlung von Reichtum und Wohlstand bei den Unternehmen auf Kosten der Arbeiter, die in einer nicht gerade menschenfreundlichen Umgebung schwerste Arbeit verrichten mussten. Auch für die jüngste politische Vergangenheit ist Chacabuco ein Mahnmal von besonderer Bedeutung, da dort trotz der Bemühungen, noch in jüngster Zeit die Spuren einer anklagenden Vergangenheit zu tilgen, ausreichend bildhafte Zeugnisse des Umganges mit politischen Häftlingen vorhanden sind.

Die Bedeutung Chacabucos als ein herausragendes Denkmal der Geschichte Chiles ist unbestritten und die Chance, Geschichte begreiflich zu machen, bietet sich dort wie kaum an einer anderen Stelle. Der Rettung des rasch verfallenden Ortes und der Bewahrung seiner Substanz steht jedoch die offensichtliche Schwierigkeit der Lage Chacabucos im Zentrum der Atacama entgegen, so dass mit Recht die Frage gestellt wurde, ob an dieser Stelle und unter der dortigen Umständen nicht jede Massnahme der Erhaltung früher oder später vom Zahn der Zeit wieder vernichtet wird. Deshalb war es sinnvoll und notwendig, im Rahmen einer Reihe von Veranstaltungen, die das Goethe-Institut zusammen mit den zuständigen Behörden und den Universitäten der Region

von Industriedenkmalern gemacht wurden. Grundsätzlich haben sich in Deutschland eine ganze Reihe von Möglichkeiten herausgebildet, wie technische Denkmäler erhalten werden können. Diese Möglichkeiten decken den gesamten Bereich von der Weiternutzung der gesamten historischen Einrichtungen ab, über die weitgehende Beseitigung der historischen Bestände unter Erhaltung einzelner hervorragender Objekte, bis zur letzten Konsequenz, der völligen Beseitigung der historischen Substanz. In der Regel findet sich ein in der Mitte liegender Kompromiss, etwa der musealen Nutzung des gesamten historischen Bestandes, mit oder ohne Fortführung der ursprünglichen Arbeitsvorgänge, der Nutzung des historischen Ensembles für einen anderen als den ursprünglichen Zweck oder der Umsetzung wichtiger Bauteile an einen anderen Ort, wo eine Bewahrung einfacher ist als am originalen Standort.

Auch für Chacabuco gilt es, einen derartigen Kompromiss zu finden, da die beiden am Rande liegenden Möglichkeiten, die Wiederaufnahme der Salpetergewinnung einerseits oder die Inkaufnahme der völligen Zerstörung dieses bedeutungsvollen Denkmals unvorstellbar sind. Für Chacabuco kommen nicht einmal die der völligen Aufgabe naheliegenden Varianten der Bewahrung eines historischen Denkmals in Frage. Aus Chacabuco kann man keine Bestandteile entfernen und zur Erinnerung an eine historische Situation an anderer Stelle aufstellen, und aus dem gleichen Grund ist es undenkbar, nur einen Teil des Ortes zu bewahren. Käme man zu dem Schluss, es würde genügen, den Hauptplatz mit dem Theater, der Philharmonie und den wichtigen Verwaltungsgebäuden wieder instandzusetzen, so käme

man zu dem Schluss, es würde genügen, den Hauptplatz mit dem Theater, der Philharmonie und den wichtigen Verwaltungsgebäuden wieder instandzusetzen, so käme dies einer Verfälschung der tatsächlichen Funktion Chacabucos als einem riesigen Arbeiterquartier gleich, für das die kulturellen Einrichtungen und die aus dem Wohlstand des Unternehmens erwachsenen Verwaltungsbauten, obwohl Teil der ganzen Ansiedlung, nicht unbedingt repräsentativ sind.

Plädiert man, um Chacabuco in seiner ganzen historischen Dimension zu zeigen, für eine weitgehende Erhaltung der Arbeiterquartiere, so wird man für sie eine Nutzung finden müssen. Dafür bieten sich, wie die bisherigen Diskussionen zeigten, eine so grosse Zahl von Möglichkeiten an, dass mit einer Realisierung in absehbarer Zeit begonnen werden könnte. Hier besteht erstens ein Interesse der Universitäten, in Chacabuco Arbeitsplätze für Forschungseinrichtungen zu schaffen, die sich mit dieser Region beschäftigen. Eine zweite Möglichkeit sieht man in Räumen, die in vielfältiger Art für den Tourismus genutzt werden können, der im Augenblick sicher noch schwach entwickelt ist. Eine Intensivierung des Tourismus mit einer Einbeziehung Chacabucos ist deshalb eine durchaus realistische Vorstellung von der zukünftigen Entwicklung dieser Region.

Die Nutzung und dadurch die Belebung von Bauten Chacabucos ist aber für die Gebäude um den Hauptplatz besonders wichtig. Dieser Hauptplatz ist der Kern der Siedlung, von dem jetzt schon eine besondere Ausstrahlung ausgeht, die auch in Zukunft an Intensität nicht verlieren darf. Über die spätere Nutzung von Theater

und Philharmonie muss hier nicht diskutiert werden, da die Konzertveranstaltung, die das Goethe-Institut dort verwirklichte, allein schon durch die grosse Zahl von Besuchern, die ohne besondere Mühe mit dem Bus oder dem eigenen Kraftfahrzeug aus der gesamten Region anreisen konnten, die Anziehungskraft dieses Ortes und dort stattfindender Veranstaltungen belegt. Auch bei den Verwaltungsgebäuden werden sich, wenn man den Gedanken der Nutzung Chacabucos durch die Universitäten oder den Tourismus konsequent verfolgt, keine Probleme ergeben. Die Pulperia, ein Gebäude, das durch seine zentrale Positon, seine Grösse und seine gute Erhaltung auffällt, erscheint als der geeignetste Ort für ein Zentrum der Dokumentation der Geschichte Chacabucos in seiner ganzen Breite, angefangen von den geologischen Gegebenheiten der Region als Grundlage des Salpeterbergbaus, der Darstellung der gesamten Technik der Salpetergewinnung, über die Schilderung des Lebens in einer Salpetersiedlung, den Salpeterhandel mit seinen Auswirkungen auf die politische Verhältnisse im Inneren des Landes, seine internationale Ausstrahlung, bis hin zur Aufarbeitung der Ereignisse der jüngeren Geschichte. Für diesen Ort der umfassenden Dokumentation bietet sich die Pulperia vor allem deshalb an, weil von ihr ausgehend auch räumlich die so unterschiedlichen Themen dargestellt werden können. Die Pulperia selbst, die sich in Etappen behutsam in den originalen Zustand zurückführen lässt, kann ein Bild vom Leben der Menschen in diesem Ort geben, wie wir es von historischen Photographien kennen. Nach einer Seite schliesst die Produktionshalle an, die weiterführt zu anderen Fabrikanlagen mit dem herausragenden, hohen Kamin.

Dieser Raum bietet sich für Informationen über die rein technischen Aspekte Chacabucos an, die in der Gesamtschau nicht unterbewertet werden dürfen, da Chacabuco letzten Endes seine Existenz und Grösse dem Vorkommen, der Gewinnung und Verarbeitung des Salpeters verdankt. Gerade im Zusammenhang mit der diskutierten Einbeziehung Chacabucos in eine umfassende touristisch-informative Präsentation des Nordens von Chile als Region des Bergbaues und der Technologie kommt der Darstellung der rein technischen Aspekte dieses Ortes schon eine besondere Bedeutung zu.

Gerade die museale Aufbereitung Chacabucos kann ein besonderer Anreiz für die angesprochenen Institute der Universitäten sein, ihr Fachgebiet und ihre wissenschaftliche Arbeit an dieser Stelle vorzustellen. Ein Anreiz von grundlegender Bedeutung für das Museumswesen in Chile könnte es sein, gerade in Chacabuco entwickelte Techniken der Präsentation von historischen Fakten, Dokumenten und Kulturgut beispielhaft einzusetzen. Chacabuco bietet somit eine besondere Chance, eine historische Entwicklung umfassend darzustellen, eine Chance, die gleichzeitig eine Herausforderung ist, wenn man die geographische Situation und den sich rasch verschlechternden Zustand dieses Ortes bedenkt. Diese Herausforderung anzunehmen, kann Mühen und Rückschläge mit sich bringen, doch sollte die Vorstellung, in Chacabuco in beispielhafter Weise einen sehr bedeutungsvollen Abschnitt der Geschichte des Landes aufzuarbeiten und der Allgemeinheit zugänglich zu machen, uns in den Bemühungen bestärken, die vielversprechend begonnenen Arbeiten tatkräftig und mit Nachdruck weiterzuführen.

DE NUEVO... VOCES EN EL DESIERTO

Luis Capurro

DESIERTO NORTINO, ENORMES extensiones cubiertas de polvo blanquecino que parece impregnarlo todo, incluso las piedras nuevas, plomas o multicolores esparcidas por doquier. En escasas zonas aparecen espacios cubiertos de arena pero en amplios sectores aflora una dura costra de sal que puede estar formada por cloruro de sodio, sulfatos, carbonatos y en algunas zonas, en la profundidad, nitratos, el caliche que incrementa la presencia de nutrientes en el suelo de cultivos.

El corazón de este desierto queda a más de mil metros de altura y es relativamente plano. Hacia el mar choca con los cordones montañosos de la Cordillera de la Costa igualmente áridos. Esta cae luego abruptamente hacia la costa formando altos acantilados.

Hacia el oriente el desierto está limitado por los faldeos precordilleranos de la cadena de Los Andes. Estos están interrumpidos de trecho en trecho por profundas quebradas formadas por la acción del agua proveniente de las lluvias y las nieves caídas en los cerros que alcanzan alturas superiores a los 4 mil metros.

Cada cierto número de años grandes avalanchas de agua, lodo y piedras retumban en el valle desplomándose hacia el

desierto y cubriéndolo de extensas capas de lodo que al secarse bajo la acción de los rayos solares se requebrajan en grietas que forman millares de figuras caprichosas.

Este desierto del norte de Chile o desierto de Atacama es considerado como el más seco de este planeta Tierra. Los bruscos cambios de temperatura entre el día y la noche hacen que las rocas se quiebren con violencia al sufrir sucesivas contracciones y dilataciones. Aunque parezca insólito, en algunas zonas de este desierto se encuentran fósiles de origen marino, como por ejemplo diversas especies de amonites y peces, de ictiosaurios, etc. Estos hechos estarían demostrando que en épocas remotas esos lugares fueron, sin lugar a dudas, fondo marino.

Este es el escenario donde ocurrió una de las gestas más hermosas realizadas por chilenos: la conquista del desierto para extraer de allí el vivificante nitrato de sodio o salitre. Muchas oficinas salitreras fueron sembrando el desierto de chimeneas, maquinarias, campamentos y hombres esforzados quienes venciendo las penurias causadas por un sol agobiador, la sequedad del ambiente y la soledad infinita de las pampas salitreras, fueron extrayendo el oro blanco del salitre de su mortaja de polvo y piedras milenarias.

Un accidente fortuito, el bloqueo impuesto a Alemania durante la Primera Guerra Mundial, impidió la llegada en cantidad suficiente de este nitrato de sodio natural, componente importante de la pólvora, a las fábricas alemanas. La creatividad humana, gatillada por la necesidad, logró reemplazar el producto natural por uno sintético que usaba como materias primas el nitrógeno y el oxígeno atmosféricos, el agua y minerales de calcio y una fuente de energía de alta intensidad.

El salitre chileno extraído del desierto de un lejano país

ubicado en uno de los confines del mundo empezaba a ser sustituido por un nitrato sintético que podía ser fabricado en cualquier país del mundo dotado de un cierto nivel tecnológico y a más bajo costo.

El resultado fue que en el curso de unos pocos años las oficinas empezaron a declinar y a cerrar definitivamente. Sólo unas pocas se conservan para responder a la demanda nacional y mundial debido a las ventajas comparativas en su significado como abono natural. Los restos abandonados de estas oficinas han sido presas fáciles de la codicia, el afán de lucro y el saqueo de muchos habitantes de la región.

Una de estas oficinas es la de Chacabuco, ubicada a unos 100 kilómetros al interior de Antofagasta, una de las últimas en contruirse y dotada de las más avanzadas tecnologías de la época. Esta oficina ha comenzado a ser restaurada gracias a los esfuerzos y el apoyo económico de la Embajada de la República Alemana en Chile y del Goethe-Institut de Santiago. Tal vez han querido saldar la deuda que tienen con el país por el colapso de la industria del salitre natural. En una primera etapa se ha restaurado ya el teatro de la oficina que luce de nuevo su silueta junto a la plaza central del campamento.

Frente a este proyecto ya en marcha cabría preguntarnos, ¿es posible que las voces que se generaban en este trozo del inmenso desierto nortino gracias a la bullente actividad de aquellos hombres que trabajaban con tesón de cara al sol pampino, volverán a escucharse en este espacio desértico reducido hoy al silencio total? ¿Qué mensaje del pasado nos traerían esas voces? ¿Qué nuevos mensajes podrían surgir de estas ruinas abandonadas y hoy en proceso de restauración especialmente para nuestra juventud y para nuestro pueblo en general?

Pienso que la oficina salitrera Chacabuco en proceso de restauración debiera convertirse en un gran centro cultural, un centro que resguarde una parte importante de nuestro patrimonio cultural, patrimonio cuya conservación permite conservar la identidad de un país.

El devenir del siglo que estamos terminando ha visto florecer grandes tendencias ideológicas, científicas, técnicas y económicas que parecían no dejar espacio para las manifestaciones de lo nacional. La cultura, en todos sus aspectos, parecía no escapar a la presión ejercida por esta tendencia a la globalización, a la universalización. Sin embargo, al aproximarnos al comienzo del nuevo milenio, especialmente en esta última década de este siglo, han despertado en muchos rincones de este planeta viejas unidades nacionales y políticas determinadas a conservar su identidad oculta bajo la avalancha de la modernidad. Antiguas tradiciones y culturas han vuelto a alumbrar el camino de naciones que parecían extinguidas.

En esta realidad de hoy se entremezclan las realidades universales, que no podemos soslayar, con las categorías locales que luchan por sobrevivir, en un legítimo deseo de conservar lo propio sin que ello constituya un obstáculo para continuar por la vía de los cambios y procurar el entendimiento entre todos los seres humanos.

El patrimonio cultural de Chile, como el de cualquier país, es una realidad muy compleja, amplia y variada que incluye desde las expresiones más populares de vida de un pueblo hasta las creaciones más sofisticadas y el pensamiento más elaborado de nuestros académicos e intelectuales.

Este patrimonio cultural no puede quedar sojuzgado ni bajo el dominio de ninguna organización, grupo o persona, pues pertenece a todos y a cada uno de los chilenos, los

identifica como integrantes de nuestras comunidades nacionales y en parte de su sentimiento de libertad.

Talvez sea pertinente hacer una breve reflexión acerca de lo que entendemos por patrimonio cultural. Generalmente se tiende a pensar y a poner énfasis en la creación pasada, presente y futura en el campo artístico: música, literatura, teatro, pintura, folclore y se olvida que cultura es el conjunto espiritual y material acumulado históricamente, que está en la manera de ser de la nación y sirve, al mismo tiempo, de base a toda nueva creación. Incluye los recursos naturales que son parte de los paisajes chilenos, los testimonios que las distintas generaciones, a lo largo de los siglos, han dejado en los diferentes asentamientos que la investigación arqueológica pone en evidencia. Las aplicaciones de la ciencia y la tecnología y sus creaciones en forma de tecnoestructuras, edificios, puentes, etc. Sin las investigaciones científicas de Gay, el Abate Molina, Philippi y muchos otros no se habría dado una base sólida para el desarrollo de las Ciencias Naturales en Chile. Además, el reflexionar sobre el presente y el futuro de nuestro país no sería factible sin conocer cómo se formó el ser moral de la nación y la participación que han tenido en el proceso la educación, la política, el derecho, etc.

El ideal de darle al patrimonio cultural todo el realce que merece, parece no coincidir con una especie de confusión que invade el espectro político y social, cual es la identificación del bien común con el solo bienestar económico. No hay duda de que el crecimiento económico, la búsqueda de mayor equidad en la riqueza, la superación de la extrema pobreza con fines cuya consecución es básica para alcanzar calidad de vida y, además, objetivos cada vez más apremiantes; pero no olvidemos que la tradición y la experiencia de la cual nuestra sociedad es tributaria indican que el bien común incluye el

disfrute de valores culturales que el espíritu humano ha ido creando para su propio enriquecimiento. Los bienes culturales, de por sí atemporales, son superiores al contingente bienestar económico y material. Debemos crear condiciones para que un número creciente de chilenos pueda participar en este proceso creador de la cultura.

Esperamos que las «voces del desierto de Chacabuco» se oigan en todo Chile pregonando que lo más propio del ser humano es su espíritu, que los bienes destinados a satisfacer necesidades espirituales de belleza, de trascendencia, de vida interior, incluso de sueños y ensueños, son superiores a aquellos que persiguen la satisfacción de otro género de necesidades.

En este sentido esperamos que la oficina Chacabuco restaurada se convierta en el primer museo industrial de sitio, destinado a mostrarle a las nuevas generaciones de chilenos cómo se fue gestando el progreso de nuestro país sobre la base de las divisas obtenidas por la venta del salitre. Y para recordarle a las generaciones pasadas cuánto esfuerzo y tesón tuvieron que desplegar esos grupos de chilenos en medio de la soledad de las pampas salitreras. Esperamos que maquetas recuerden cómo estaba concebida y montada una oficina salitrera, que modelos a escala recuerden cómo funcionaban los diversos procesos implícitos en la extracción y empaque del salitre.

Esperamos también que la oficina Chacabuco remodelada se convierta en un importante centro educativo ya que pensamos que los museos, cualquiera que sea su naturaleza, representan un enorme potencial cultural, social y educacional y ello conlleva la necesidad razonable de que los museos y sus colecciones representen verdadera y fielmente a las sociedades en las cuales están inmersos, poniendo en evidencia tanto la diversidad cultural propia de cada país

como también aquella de la comunidad mundial.

Es de esperar que algunos museos, al mismo tiempo que exhiben sus colecciones específicas y organicen exposiciones temporales dentro de sus propios ámbitos culturales, ofrezcan una panorámica cultural relacionada con una perspectiva global de la Humanidad en relación con el medio natural, social y cultural.

Todo museo debe ser una institución que permita a la comunidad toda acceder al conocimiento de cada instante y con ello mejorar su condición de vida; de esta manera contribuirían a enriquecer a las sociedades humanas, especialmente en los países en desarrollo. Deberán ser agentes de cambio con respecto de nosotros mismos y al futuro de nuestro país.

Sin embargo, como vivimos en una época en que el patrimonio natural, social y cultural está siendo permanentemente modificado en su diversidad y alcance, cada día deberá suponer un nuevo comienzo y de allí que el desarrollo permanente pase a ser esencial. Los museos deberán estar evolucionando a un ritmo no igualado previamente para poder ser así parte integrante de la comunidad.

El mantener e incrementar esta significación museal, producto del rápido proceso de modernización que experimenta la Humanidad, traerá consigo una transformación cultural masiva. Esto significará que nuestros museos, al mismo tiempo que se renuevan, deberán preocuparse de preservar la diversidad cultural humana en la medida de que ésta sucumbe como consecuencia de la homogeneización de las sociedades actuales. La singularidad de cada cultura es de importancia extrema para cada generación y para las generaciones futuras.

Espero, por tanto, que el Museo Industrial de Chacabuco pueda estructurarse sobre la base de este modelo que hemos

esbozado y pueda constituirse así en un centro educativo que responda a las demandas de una sociedad en cambio acelerado.

Por último, quisiera decir que es mi preocupación el que la oficina Chacabuco, convertida en Museo Industrial, se convierta en un centro de investigación de problemas propios del entorno donde está ubicado. Pienso que la existencia de energía eléctrica, agua potable, pozos, y la remodelación de la Casa de Huéspedes con su respectivo casino harán posible iniciar investigaciones destinadas a lograr la adaptación de especies vegetales útiles, ya sea desde el punto de vista alimentario, medicinal, industrial, etc., al ambiente desértico y al riego con agua salobre de pozos excavados en pleno desierto. Esperamos contar con la colaboración de especialistas israelíes que ya han manifestado su voluntad de asesorar estos programas que creo pueden ser muy importantes para el futuro de la zona.

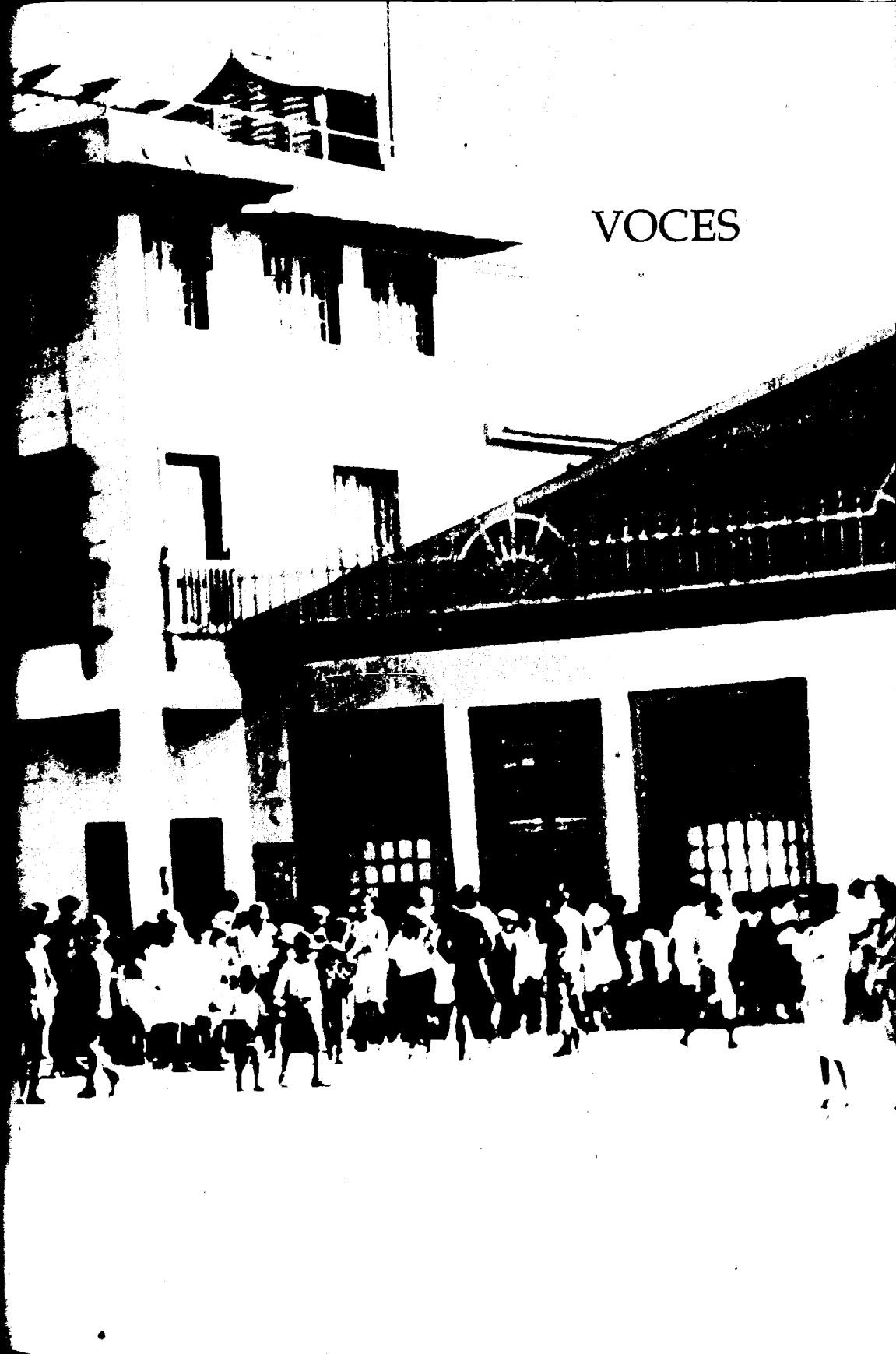
Espero que en la medida de que nos acerquemos hacia el año 2.000, avancemos en este proceso de transformar los restos de la oficina salitrera de Chacabuco en un centro cultural, museal, educacional y turístico de excelencia. He agregado turístico porque es dable pensar que su desarrollo en la forma postulada atraerá a gran número de visitantes nacionales y extranjeros. Es mi profunda esperanza que las voces del desierto de Chacabuco comiencen pronto a divulgar en forma armoniosa, pero convincente, el proyecto que queremos hacer realidad.



Bodega de Barco Salitrero



VOCES



INFANCIA Y REGRESO

Carlos Ayres

Entrevista realizada por Luis Zenteno

Usted creció en un lugar que hoy es histórico. ¿Qué recuerdos tiene de su infancia?

Vivíamos en una casa muy grande, que era típica de los empleados, cuyo campamento se encontraba separado de los obreros, pero por la cercanía participábamos de muchas actividades en conjunto, sobre todo en la escuela, que tenía hasta sexto preparatoria. Finalizada esta etapa escolar, la mayor parte de los hijos de obreros debían trabajar y los hijos de empleados viajaban a Antofagasta a completar estudios. En mi caso, ingresé a estudiar al exclusivo colegio San Luis.

Nuestros juegos eran similares a los de hoy, con algunas diferencias, siendo el más complejo una especie de béisbol, que practicábamos en espacios reducidos con una pelota hecha con medias y en reemplazo de bate se golpeaba con el puño cerrado. Al parecer este juego había sido ingresado por los «americanos». Las niñas, por su parte, jugaban a saltar la cuerda, a la casineta o la papaya, que consiste en tirar una serie de elementos hacia arriba y retenerlos con el dorso de la mano, mientras los hombres teníamos juegos más rudos, como la musa.

Y sus amigos, ¿quiénes eran?

Nosotros nos relacionábamos con todos, pero por las amistades de nuestros padres y el lugar que ocupábamos al interior de las salitreras, tuvimos amigos que eran hijos de otros empleados, como los Biaggini, o los Ceters, que se destacaban como deportistas. A Alfredo Biaggini lo encontré años más tarde en Santiago, desempeñándose en la fundición Libertad. También tuve un muy buen amigo, hijo de obrero, que falleció en las canchas del salitre, engrasando las piezas de las palas mecánicas. Una oruga lo arrastró golpéandole el cráneo; tenía apenas 16 años y no pudo continuar sus estudios. Se llamaba Gilberto Araya. La única amistad que conservo de aquellos años es mi esposa y sus hermanas.

¿Existía rivalidad entre empleados y obreros?

La mayoría de los empleados eran felices defensores de la empresa, y entre los niños y jóvenes no se percibía un ambiente muy marcado de rivalidades. Desde pequeño viví la ausencia obligada de compañeros porque sus padres habían fallecido. Sus familias eran expulsadas de los hogares para ser ocupados por otras manos que laboraran. Tal vez esta continua rotación y el deber prematuro de laborar, impidió una mayor conexión y provocó desarraigos en muchos de nosotros. En todo caso, en las horas libres nos escapábamos hacia el campamento de los obreros, ahí estaban las canchas y jugábamos tardes enteras. También solíamos participar en actividades artísticas que organizaban ellos, en sus sindicatos. Recuerdo que tras el edificio de la filarmónica existía un casino donde nos reuníamos a practicar juegos de salón, como billar, cartas, dominó, pin-pon, etc.

Otro punto de encuentro era la piscina, la que aún hoy existe.

¿El estilo de vestir era común al resto del país o se notaba una cierta tendencia europeizante?

Los más pequeños usábamos pantalones cortos, los jóvenes y los adultos portaban pantalones de golf, chaqueta tipo cazadora a cuadritos y gorro. Era un estilo más bien europeo, por la influencia de los numerosos ingleses que trabajaban en las oficinas, con los que manteníamos relaciones de amistad. En cambio los obreros vestían en forma corriente. Yo notaba la diferencia en el estilo de vestir cuando llegaban delegaciones de estudiantes de Santiago, de la Escuela de Artes y Oficios. Fue en este proceso de intercambio de conocimientos que adquirí mi especialidad en el manejo de diversas maquinarias, ya que ingresaba a la maestranza donde trabajaba mi padre. A los 13 años podía fabricar una pieza de repuesto.

Ud. regresó a Chacabuco, cuarenta años después, en calidad de prisionero político. ¿Cuáles fueron sus sentimientos al encontrarse al otro lado de la valla?

Lo curioso de todo esto es que junto a mí se encontraba mi hijo Tato, de quince años, a quien fui explicándole, con el transcurso del tiempo, cómo fue la vida en Chacabuco, las distintas funciones en la oficina. Con el historiador Luis Vitale organizamos actividades explicativas al resto de los detenidos.

Los sentimientos fueron encontrados, aunque no me afectaron. Recorrí cada lugar y recordé sus distintas funciones; me reencontré con la maestranza, que aún mantiene sus viejas maquinarias en pie, con mi casa y la pieza que yo ocupaba. Todo gritaba recuerdos y sólo el

tiempo imparable había transcurrido.

Ahora que estaba prisionero, pude detenerme a mirar, ya con ojos de adulto, el entorno que me había visto crecer y recordar cada instante de mi infancia. Tenía más años y volvía a mi pueblo en calidad de prisionero.

Mi abuelo vino de Europa, fue parte de América al igual que mi padre. Las circunstancias históricas me devolvieron al viejo continente, a Alemania, que concedió asilo a mi hija Nieves y a Tato, país al que llegué más tarde, al salir en libertad 3 años después. Italia recibió a mi hijo Carlos José. El año 78 nos encontramos con mi esposa, Alex y Viky en Cuba, donde colaboré en asesorías en fabricación de instrumentos médicos. Con el triunfo de la Revolución en Nicaragua, viajé a colaborar con el proceso de reconstrucción. Ahí asesoré y dirigí empresas de la Corporación Industrial del Pueblo.

Con mi hija Rosita nos reunimos años más tarde en Argentina y regresamos a Chile, integrándonos a la campaña plebiscitaria por el No. De ese recorrido de esperanzas por el reencuentro, con mi esposa decidimos quedarnos en Chile.

En estos años de exilio nos fuimos internacionalizando, tengo hijos y nietos repartidos por tres continentes y algún día podremos reunirnos todos en algún lugar de este planeta.

Santiago, 20 de marzo de 1994.

RECUERDOS DE UN CAMPO DE CONCENTRACION

Hugo Salvatierra

LA «CANCION DEL LORITO» fue estrenada, tras el Golpe de Estado que los cuatro generales consumaron en septiembre de 1973, en el Segundo Festival de la Canción de los prisioneros políticos de Chacabuco.

El primero había sido un éxito por las canciones que entretuvieron a los confinados; y hasta a la guardia militar presente en su totalidad, para disfrutar cada presentación.

El segundo no prometía tanto, pues cuando el aspirante a la inmortalidad inquirió por la fecha de cierre de las inscripciones, el doctor Manuel Ipinza, miembro del jurado, aseguró que sería al día siguiente. Lo que para las pretensiones de nuestro amigo resultaba una evidente contrariedad ya que se vería obligado a escribir sus versos en contados minutos. Mas al parecer hubo de sentirse alentado esa tarde de la segunda quincena de agosto de 1974, pues sólo se habían recibido dos originales; y nada hacía suponer que la situación pudiera verse modificada, dado que Chacabuco languidecía con tantos prisioneros trasladados de recinto y hasta por el hecho de haberse quemado la Casa de Fuerza, con fuerza y todo. Esto obligaba a pasar a oscuras las noches invernales, debiendo hacerse uso de velas para aminorar la tristeza propia de las sombras, con el recuerdo de los seres queridos; o de algunas

piernas cuya suavidad resultaba imposible no evocar en esas circunstancias.

Un tercer participante obligaría a su autor a subir al escenario del Teatro de Chacabuco, para escuchar algunas ovaciones, aunque no fueran los gritos y hurras destemplados que alcanzaron anteriores intérpretes; lo que, desde ya, constituía un acicate para cualquiera. Y así lo entendió el candidato a cantautor quien jamás había escrito una canción y menos sus respectivos compases, los que no pasaban de ser criptogramas para él. Sin ser necesario añadir que ni en sueños entraba en sus cálculos que de su inculta garganta pudieran surgir esas notas maravillosas que, desde Caruso hasta los cantantes de moda, tanta fama proveyeran a no pocos astros y no tan astros.

Culminar tercero en el certamen no dejaría de constituir un honor; y nadie tendría necesidad de recordar la letra de la canción y mucho menos tener la impertinencia de preguntar por su música. Era, a no dudarlo, una manera barata de adquirir «status», asegurándose de antemano una medalla de cobre.

Pero existía un inconveniente que, por lo visto, estaba dispuesto a echarlo todo a perder: se precisaba el nombre de una flor y no una cualquiera. No servían, al efecto, petunia, hibisco, begonia, ciclamen, glicina, por no hablar de otras de no tan aristocrático nombre, como rosa, clavel, geranio...

La dificultad surgió para el aspirante cuando a las cuatro de la tarde de intenso calor en el desierto, papel y lápiz en mano, se percató de que el problema no daba trazas de ceder. Pero artes quiere la guerra y después de tantos meses de prisión, vejados, ofendidos, en que las torturas no estuvieron ausentes, el ingenio se agudizaba: se habían visto muertos cargando adobes.

Una rápida consulta al «compadre», doctor Carlos

Zamorano, hubo de proporcionar, además gratuitamente, la receta: «orejas de oso»; ni más ni menos. Por algo Carlos es doctor, fue la explicación que se dio nuestro amigo.

Luego - no se trataba de la única dificultad la de la flor de tan extravagante nombre - había que esmerarse en los detalles, nada podría quedar a la improvisación; cualquier detalle que no se tuviera en cuenta significaría el desastre. Era el dilema de la gloria o quedar relegado al ridículo más espantoso..., ¡o tal vez se trataba de algo muchísimo peor!

El título de la canción que quedó inscrito con letras de imprenta en el original destinado a los severos jueces, no resultó ningún contratiempo tras la oportuna ayuda del galeno. Mas eso no era todo: se exigía un pseudónimo. Pronto fue elegido el de «kid cuatro pistolones». ¿Pistolones? y ¿así con minúscula? Y ¿por qué no: Pistolones? Definitivamente quedó lo de pistolones, como el autor de estas líneas le fue dable comprobar en el manuscrito al que tuvo acceso. «Música anónima». Después de todo en el desierto y del interior de un campo de concentración, a nadie podría extrañar lo de anónima: se nos había obligado a olvidar nuestra condición de compañeros y tratarnos de: «compadres». Enseguida venía la primera: ¿Antiestrofa? Veleidades de estas personas que saben más que uno. Un «coro», bien, aceptemos esto del coro, pero tres «antiestrofas» más, ¡cuatro en total! Y no era lo único. Enseguida del «coro bis y final», estaba escrito con clarísima letra que no dejaba lugar a dudas lo siguiente: «como se sabe existen muchos números cabalísticos, sin embargo, para el autor siempre ha sido su número más sublime el cuatro».

Ya no podían haber dudas: el aislamiento o la pampa salitrera o ambas cosas a la vez habían afectado al pobrecito: no era el único.

Dos hojas escritas por una sola faz, con una letra que

hablaba de un singular lorito, fueron puestas en manos del exigente doctor Ipinza, minutos antes de la hora fijada como término para la entrega de originales; la que ¡horror!, se había prorrogado... ¡diez días! El novel hombre de letras y de música se creyó desmayar, ya no sería tercero y un último puesto era un riesgo que debería correr; no sería muy tremendo si fueran pocos los participantes, pero... ¿si aparecieran veinte...? Al final resultaron varios los aspirantes y de lo más calificados.

Desde el mismo día que el compadre entregó las dos hojas, se dedicó a perseguir al Jurado. ¿Supongo que no se tratará sólo de condecoraciones al mérito? Debería disponerse como premios -argüía con los dientes largos- de algún paquete de tallarines o al menos cuatro huevos. ¿Cuatro? Nada, los jueces permanecieron impertérritos. Cuando más el flemático Ricardo Yocelovsky esbozaba una cierta sonrisa, limitándose a mirar de fijo al reclamante.

Los originales deberían pasar, como la correspondencia y los paquetes que entraban o salían del campo, por la censura militar. Complicación imprevista con la que no se había contado. ¿Se fijarán -se estuvo preguntando varias noches el candidato, sin serle posible conciliar el sueño- en las cabalísticas notas con el de ninguna manera vulgar número de su predilección?

- Las canciones fueron aprobadas -fue la cortés respuesta de Ricardo Yocelovsky, para el desasosegado prisionero.

- ¿Todas?

- Todas.

- ¿Y la mía? -esbozó quedamente el susodicho, cuando se halló a solas con el importante miembro del Jurado.

- También.

«Miel sobre hojuelas» - se dijo el trovador-. «Con seguridad los distrajo lo de «pistolones», y las notas deben haberlos

hecho reír a mandíbula batiente»; lo que no comunicó a nadie. Ni por ventura se le ocurrió recordar la letra que, además, tenía la canción.

El siguiente paso consistía en hallar un intérprete, pues él no resistiría la prueba. Mas ninguno de los candidatos pareció satisfactorio al, desde esos momentos, exigente «poeta». Por último su decisión fue tajante: ¡qué diantre!, cantaría él mismo.

Con sonora inflexión de mando Yocelovsky congregó, en el secreto de una casa de la abandonada oficina, al estricto Jurado y a quienes imaginaban que sus nombres ya estaban inscritos en los libros de historia.

Tras varias presentaciones para disponer de los selectos, tocóle el turno al autor de la «Canción del lorito». Algunas risas y codazos entre los miembros del Tribunal, no fueron capaces de inquietar, lo más mínimo, la flema que ya, en esa comparecencia, exhibió el progenitor de la trepadora ave. A la salida de la prueba, ciertas preguntas indiscretas hechas a nuestro amigo, tuvieron la callada por respuesta; viéndosele ufano, sin saludar a nadie, pues había sido uno de los diez que estrenarían la noche siguiente, en el «Segundo Festival de la Canción de Chacabuco». Uno entre los diez mejores: ¡qué envidia!

Toda esa tarde se le vio impaciente, preocupado de los más mínimos detalles. Se sabía la letra de memoria, pero... ¡malditos peros!, el campo estaba a oscuras y ¿cómo podrían verlo y admirarlo las masas que congregaría el Festival? Aduciendo que no se había aprendido las estrofas de memoria y que por su defecto a la visión que lo obligaba a usar anteojos no alcanzaría a ver la letra, exigió, no la única vela con que austeramente se alumbraría a los intérpretes, sino a lo menos una docena; no sería igual a todos. Juan Sáez, el perspicaz y habilidoso encargado de la ingeniería teatral, se hizo eco

inmediato de la inquietud y dio garantías de que, al día siguiente, todo estaría «en el momento deseado y en el lugar propuesto»; ni en Austerlitz.

Conforme a lo previsto, ese uno de septiembre se dio inicio a la justa. Desde un comienzo todos quisieron cantar al cierre del Festival. Ricardo fue inflexible, una a una fueron desfilando, a la luz de una candela, las románticas canciones. Cuando, por último, quedaron dos, Yocelevisky impuso su decisión:

- El lorito va al último.

La penúltima melodía fue ejecutada con acompañamiento de guitarras y resultó emocionante para el auditorio atiborrado de prisioneros, bajo la atenta mirada de la guardia, metralletas en mano, que cumplía las funciones que la Junta Militar imponía. El cierre, en instantes que el frío de la noche se hacía más y más intenso, no podía hacerse esperar. Acompañado de dos percusionistas, el espigado y exprimido creador de la última canción se adelantó con ágiles pasos, en la alta tarima del escenario. La iluminación funcionó instantáneamente. Varias velas, que aparecieron desde todas las direcciones de la escena desde la parte superior incluso, dejaban ver al intérprete con el escrito de la canción en su mano izquierda y los pies muy asegurados en el maderamen. A ambos lados se veía el acompañamiento decidido a secundar a la primera voz.

«Canción del lorito que le cortaron las uñas por estar mirando a su novia desde las orejas de oso», fue dicho con segura e inequívoca voz por el encargado de cerrar el Festival. Lo que provocó un mar de codazos y pisotones entre los, en esos momentos, mudos prisioneros. Enseguida, mirando de tanto en tanto la letra que conservaba a la altura de su cadera, entonó:

CANCION DEL LORITO QUE LE CORTARON
LAS UÑAS POR ESTAR MIRANDO A SU NOVIA
DESDE LAS OREJAS DE OSO

*Estaba el lorito
de oso en las orejas
cuando cuatro elefantes
vinieron a por él.
El muy feliz lorito
que a su novia admiraba
aspiraba el perfume
de las orejas de oso.*

*Los cuatro paquidermos
según se vio después
eran de inmenso culo
de muy grandes colmillos
y la trompa también.*

*Los cuatro animales
cuatro multiplicados
de pura envidia al loro
cortaron las uñitas.
Y así el pobre lorito
perdiendo el equilibrio
al carecer de garras
se fue de hocico al suelo.*

*Los cuatro paquidermos
según se vio después
eran de inmenso culo
de muy grandes colmillos
y la trompa también.*

*Su novia entristecida
sus ojos inundó
y evitar no lo pudo
un grito desgarrar.
A todo esto el lorito
despertó del lamento
y comprendiendo todo
se incorporó en el acto.*

*Los cuatro paquidermos
según se vio después
eran de inmenso culo
de muy grandes colmillos
y la trompa también.*

*A los cuatro pesados
les entró mucho miedo
al ver al buen lorito
en franco pie de guerra.
Nunca más del lorito
se supo nada más
pero aún todos ríen
de la cuádruple fuga.*

*Los cuatro paquidermos
según se vio después
eran de inmenso culo
de muy grandes colmillos
y la trompa también.*

Una cerrada ovación proveniente de los prisioneros - y no sólo de los prisioneros - se dejó oír al unísono con varios gritos estremecedores: ¡Hurra!, ¡Bravo!, ¡Viva!, ¡Magnífico!, ¡Gloria al inmortal!, ¡Una estatua para el vencedor!; los que no disminuían, obligando al cantante a hacerse presente en el escenario una y otra vez, en medio de un delirio. La tempestad de aplausos, sin declinar, se confundía con las exclamaciones alborozadas que el desierto parecía llevar lejos, tanto como el autor no pudo imaginar. Cuando tras salir el héroe, nuevamente, a reverenciar las manifestaciones de júbilo, subió al tablado el compadre Juan Sáez, con el diploma de pláceme, para abrazar al astro y hacerle entrega del recordatorio; al tiempo de que le espetaba: «Te felicito porque te has reído en sus propias barbas de estos huevones y cómo te aplaudían».

Palabras que el triunfador pareció no comprender.

Santiago de Chile, septiembre de 1990.

LA CASA DE LA VIGA ROTA

Jorge Montealegre

in memoriam Oscar Vega

DISTANTE DE LAS CASAS que ocupamos los presos políticos, cerca de la cancha y la alambrada de entonces, está la calle Serrano. Por ahí pasábamos todos los días hacia una formación incomprensible. Rápido. Debíamos formarnos como militares para los militares. Numerarnos bajo el sol. Pasábamos nerviosos por esa calle centenaria, sin detenernos, ignorando que una de sus casas encerraba una historia. La dirección: Serrano 71.

En esta casa, durante el apogeo de la industria del salitre, vivió el obrero copiapino Oscar Vega González. Con orgullo recordaba que recorrió la pampa con Luis Emilio Recabarren. Con él militó y trabajó en la construcción del partido proletario chileno: el Partido Obrero Socialista (POS). Eran años heroicos, inaugurales. Luego, durante mucho tiempo, fue militante del Partido Comunista, cuyo germen fue el POS.

Haciendo historia, cayó bajo la «ley maldita» durante el gobierno de González Videla y fue confinado en el campo de concentración de Pisagua.

Participante activo en la organización de la clase trabajadora, Oscar Vega fue dirigente de los obreros del carbón, en Lota, hasta el día en que decidió volver a su Copiapó natal para

dedicarse a trabajar la tierra, a construir y abonar nuevos surcos. Se destacó, entonces, como dirigente campesino. A fines de los años 60 continuó su militancia política en el MAPU, llegando a ser, durante el gobierno del Presidente Allende, integrante de su Comité Central.

En septiembre de 1973, «el viejo Vega» era presidente de la Federación de Campesinos de Atacama y dirigente nacional de la Confederación Unidad Obrero-Campesina. El 11 vio que las conquistas por las que había luchado junto a Recabarren se convertían literalmente en humo. Los soldados mataban por miles a los trabajadores o los hacían prisioneros, víctimas de torturas y vejámenes. Un día también llegarían a buscarlo, pensaba don Oscar desde su vida larga.

Lo apresaron y fue castigado, como todos los presos. Junto a otros nortinos estuvo «desaparecido» varios días. Después lo trasladaron a un campo de concentración: Chacabuco. Pero ya no era la oficina salitrera donde se partió las manos. La pulpería estaba cerrada, el teatro, la filarmónica y la plaza estaban distantes. Se interponía una frontera de alambres. En los fogones de las casas no había mujeres cocinando. Tampoco podía repartir los diarios de Luis Emilio. En las noches la camanchaca era violada por reflectores intrusos. Todo era distinto. Había pasado mucho tiempo. Más de medio siglo. Tiempo que Oscar guardaba con cariño, pero que no podía mantener enjaulado.

Las casas sombrías y con literas de pino no eran su casa. Y a los setenta años decidió buscarla. Entonces recordó la de sus días de caliche y puños: Serrano 71. La buscó pacientemente durante dos días, ante la preocupación vigilante de sus compañeros. La encontró y, eludiendo la atención de sus nuevos vecinos, entró en ella. Era un 24 de noviembre, sabatino y seco. En las piezas el silencio se disputaba con el viento los

rincones y las telarañas. La casa estaba sola. Caminó, pensó, rememoró su pueblo, sus sacrificios, sus pequeñas victorias, los recorridos que ya no podría hacer por El Salvador, Inca de Oro, Freirina, Caldera y Pueblo Hundido.

Observó su cuerpo ya viejo y se sintió cansado; quiso dejarlo ahí para siempre, durmiendo con el pasado un sueño que no esperaría al futuro. Entre las paredes cautivas y sobre el suelo de tierra seca, decidió quedarse ahí para siempre. Colgó su figura, como quien vuelve del trabajo a dormir a su casa. La viga lanzó un quejido. Sin trabas, don Oscar liberó su historia para que pudiera volar más allá de las torres. El, chacabucano de ayer y de hoy, ya estaba de vuelta en su casa.

Nunca se vio salir de Serrano 71 la figura alta del obrero pampino. Sólo quedan las paredes semiderruidas del patio, los camarotes... y una viga rota.

Pabellón 18, casa 93.

Nosotros teníamos ya un compromiso de ser los "guardianes", "los vigilantes" - los depositarios de este trozo de tierra de nuestra historia y procurando fuerzas de floqueos. - Procedimos a buscar una casa que nos diera protección contra la inclemencia, del calor del día y el frío nocturno, tan características del desierto.

Nuestra primera habitación, fue en calle Patricio Lynch, con calle Antof. Suponíamos Puerto y pentama, y nos dispusimos a enfrentar nuestro destino. Los mas grandes problemas, eran la falta permanente de agua, El no poder usarnos como corresponde los provocos irritaciones de la piel, lo mas grave era el aislamiento del mundo, 140 Km de Antof - eran como huiles, la radio no captaba las ondas - faltaban antenas adecuadas que gran cantidad de ratos invadían el campamento, Se comían las semillas que sembrábamos. - (siempre con la idea de forestar la oficina, devolver a chistues cada árbol en su mismo sitio). Era una constante lucha; contra los. El calor, el frío los ratos... y la soledad. -
Resolución

LOS GUARDIANES DE LA MEMORIA

Vivencias de Roberto Zaldívar y José Araos
cuidadores de Chacabuco

*En el desierto los gigantes
nunca mueren. Y los molinos
de vientos, giran eternamente.*

Roberto: Cómo llegamos a Chacabuco, es realmente algo muy paradójal. En ambos casos surgió en forma imprevista, ninguno de nosotros se conocía. A José el trabajo se lo ofreció un familiar.

José: Roberto estaba en una reunión, cuando a través de una llamada telefónica del anfitrión escuchó que se necesitaba un vigilante para Chacabuco, y sin pensarlo dos veces se ofreció. Así se selló el acuerdo. Acuerdo que indicaba la refacción de una casa, agua, luz y alimentación, teniendo nosotros la primera prioridad.

Roberto: Descubrimos que teníamos muchos amigos en común y poco tiempo después de encontrarnos comenzó una gran amistad.

Somos parecidos, mantenemos un diálogo respetuoso y respetamos nuestras diferencias individuales, somos leales y solidarios, mantenemos buenas relaciones sociales con las personas cercanas en el entorno, que además

son muy atentas con nosotros; nos traen agua cada dos días; pasan periódicamente a preguntar por las condiciones de salud y las necesidades que pudiéramos tener. Para el hombre que vive en el desierto la solidaridad y la amistad no son meras palabras, sino que es una práctica permanente.

José: Chacabuco para nosotros ha sido duro. Privaciones, incomodidades, abandono, incumplimientos, etc. Pero amamos esta oficina, nos identificamos con ella, conocemos palmo a palmo sus calles, sus casas, su historia. Hemos conocido a miles de personas de todas las latitudes del planeta. Aquí han grabado videos, para el Canal Cultural Europeo, para el Canal 3 de París o Australia, etc. Hemos sido entrevistados por los canales nacionales y periódicos nacionales y extranjeros.

Antes de trabajar en Chacabuco, fui profesor básico, técnico electrónico, trabajador ferroviario (Mejillones).

Roberto: Yo fui obrero de la construcción, albañil y especialista en agricultura en el desierto, actor y director de teatro. Lo que nunca pensamos es que íbamos a encontrar las más grandes satisfacciones en nuestras vidas aquí, en Chacabuco, en pleno desierto. Desierto inhóspito, aplastante, desolado, pero que hace florecer al hombre, que engrandece y nos permite realizarnos como seres humanos.

Porque en el desierto los molinos de viento giran eternamente.

¿Qué sería de la Torre de Pisa, si la enderezaran? ¿Qué sería de la Mona Lisa sin su sonrisa? ¿Qué sería de Chacabuco si la convirtieran en una torta de novios? La realidad es que Chacabuco impacta en su destrucción. Hierde con sus heridas, mostradas al mundo. Hace re-

flexionar con sus despojos. Nos invita a una autocrítica por nuestro silencio.

José: Chacabuco debe ser conservado como lo que es.

Roberto: Regresar a la oficina de Chacabuco el 14 de junio de 1991, después de una prolongada ausencia de varios años, ha sido uno de los impactos más grandes que hemos recibido en nuestras vidas. El grado de destrucción demencial, de saqueos, robos, la profanación de un monumento histórico, nos produjo una profunda tristeza y nos deprimió gradualmente. No logramos entender cómo era posible que en el país donde «ni una hoja se mueve» sin el consentimiento de la autoridad mayor, se hubiera llegado a tal insanía. Esta era una de las bellezas del desierto. La oficina más completa de la II Región. Una perla que se alzaba orgullosa, como un oasis de luz en medio de la pampa.

José: Nosotros teníamos ya un compromiso de ser «guardianes», los «vigilantes», los depositarios de este trozo de tierra, de nuestra historia. Sacando fuerzas de flaquezas procedimos a buscar una casa que nos diera protección contra la inclemencia, del calor del día y el frío nocturno, tan característico del desierto.

Nuestra primera habitación fue en calle Patricio Lynch, con calle Antofagasta. Improvisamos puertas y ventanas y nos dispusimos a enfrentar nuestro destino. Los más grandes problemas eran la falta permanente de agua. El no poder asearnos como corresponde nos provocó irritaciones de la piel; lo más grave era el aislamiento del mundo, 140 km. de Antofagasta eran como miles, la radio no captaba las ondas, faltaban antenas adecuadas. Una gran cantidad de ratas invadía el campamento, se comían las semillas que sembrábamos, siempre con la idea

de forestar la oficina, devolver a Chacabuco cada árbol en su mismo sitio. Era una constante lucha; contra los remolinos, el calor, el frío, las ratas... y la soledad.

Roberto: La soledad fue la soberana en nuestros primeros meses en Chacabuco; nos agobiaba, extrañábamos a nuestras familias, nuestros amigos, la ciudad, el bullicio. Y de pronto descubrimos los gritos del silencio. Chacabuco nos hablaba, gritaba, gemía cada casa un grito diferente, cada una contaba, voces lejanas nos hablaban del «hombre del desierto», del minero de las pampas, los cachuchos. La iglesia quemada, mostrando sus heridas en una permanente oración. Las voces recientes contando sus penas y dolores. Los presos políticos clamando justicia. Don Oscar Vega explicando su suicidio. Los vándalos riendo de su infamia. Y nos dimos cuenta de que no estábamos solos.

José: El teatro abrió sus puertas a los más hermosos espectáculos. Cada árbol seco, aparentemente muerto, nos señalaba hacia el horizonte. Ante un cielo luminoso que derrocha colores sobre Chacabuco que no fue, sino que es, un hito de esperanza para las generaciones del futuro. Es un canto permanente, es una voz de alerta. Es la «voz» del desierto que nos llama a la cordura.

Roberto: Respecto a las voces del desierto, Chacabuco no es la excepción. Los vientos generan miles de ruidos conforme a su velocidad y dirección. Las luces de los vehículos desplazan sombras sobre el lugar. Lo que unido a las condiciones del viento reinante, permite que se produzcan efectos ópticos o auditivos, según la percepción o sensibilidad de las personas. La realidad es que cuando el viento sopla en dirección a Chacabuco se percibe una conversación normal a 5 kms. de distancia. Ejemplo: las

conversaciones de la planta «Florencia» se escucha nítidamente en Chacabuco.

José: Los vigilantes de Chacabuco somos personas normales, escépticas y con mucho control; sin embargo podemos percibir, sentir la presencia de energías que escapan de la lógica convencional.

Antofagasta, 14 de mayo de 1994.

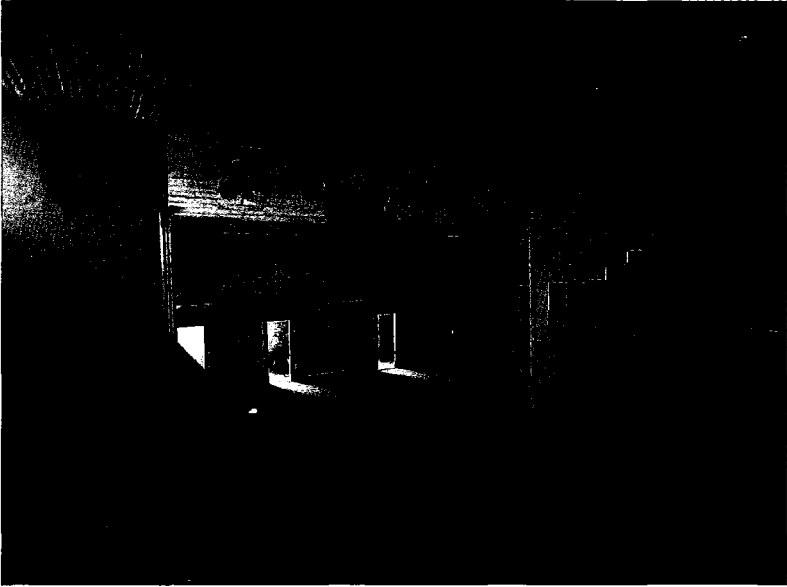
EL DÍA DE LOS VIGILANTES

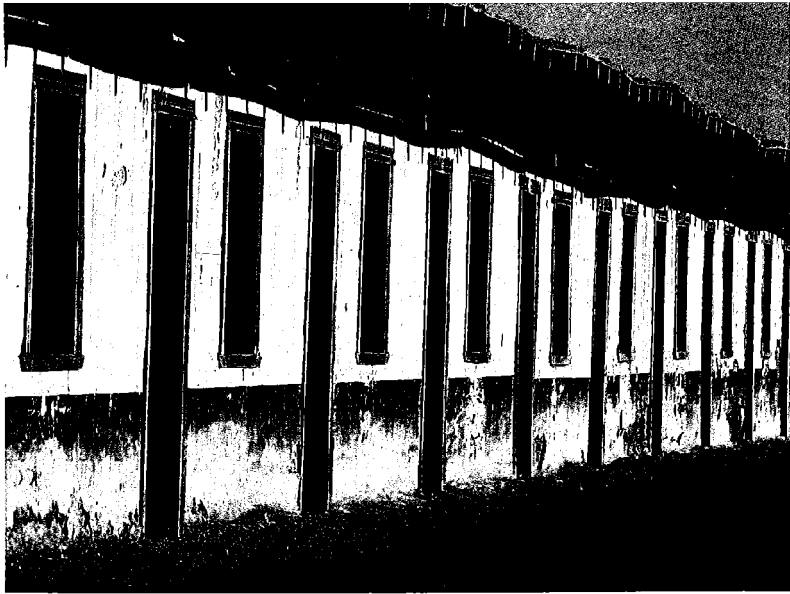
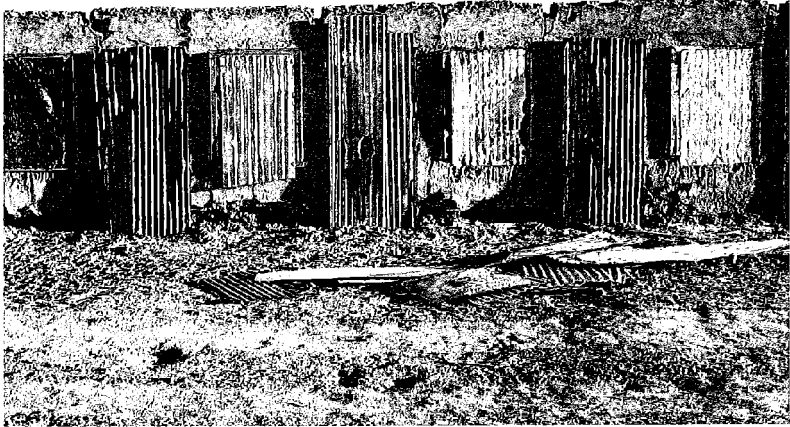
7:00	Ordenamiento de las habitaciones.
7:30	Recorrido por el entorno.
8:30	Desayuno.
9:00	Apertura y recepción de los visitantes, acompañándolos en su recorrido por el recinto.
15:00	Almuerzo. En la preparación de éste, los vigilantes hacen turnos diarios.
15:30	Adelante (15:30 a 20:00 P.M.) atención turística.
20:00	Análisis y evaluación del día, resaltando anécdotas y experiencias.
Días lunes, miércoles, viernes:	
	Preocuparse del agua, enviando depósitos a nuestros vecinos (Silpa) gentileza de sus superiores y personal.
Día martes:	
	Adquisición en Baquedano de verduras y otros, con la cooperación de Carabineros de Chile.
Día sábado:	
	Revisión de los cierres y muros del entorno exterior.
Tareas extraprogramáticas:	
	Atención a personalidades de cierta relevancia, como entrevistas de periodistas nacionales y extranjeros, personalidades del mundo de la diplomacia, universidades e industrias.

AUTORES

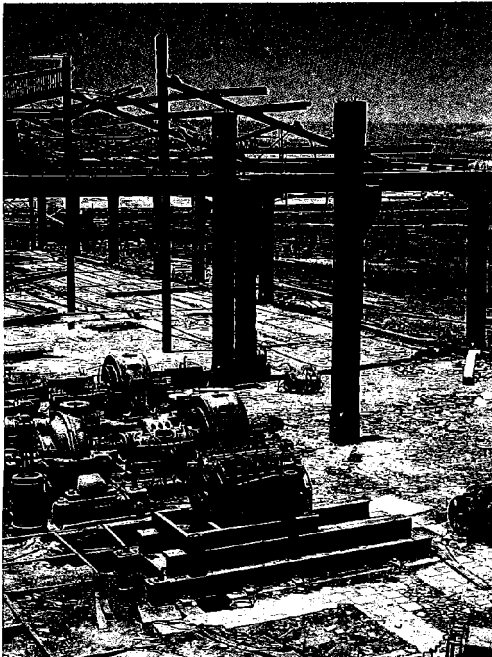
Dr. Werner Reichenbaum	Embajador de la República Federal de Alemania.
Michael de la Fontaine	Goethe Institut, Santiago.
Carlos Cerda	Escritor.
Dieter Strauss	Goethe Institut, San Pablo, Brasil.
Leopoldo Castedo	Historiador.
Edwin Binda	Colegio de Arquitectos de Chile, Universidad Católica de Chile y Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación.
Josef Riederer	Rathgen Forschungslabor, Stiftung Preussischer Kulturbesitz.
Luis Capurro	Museo Nacional de Historia Natural.
Carlos Ayres	Empleado de la Salitrera Chacabuco.
Hugo Salvatierra	Agrupación de Ex Prisioneros Políticos de Chacabuco.
Jorge Montealegre	Poeta, Agrupación de Ex Prisioneros Políticos de Chacabuco.
Roberto Zaldívar	Cuidador de Chacabuco.
José Araos	Cuidador de Chacabuco.
Martin Jürgens	Fotógrafo.
Leni Alexander	Compositora.

SECUENCIA DE
FOTOGRAFIAS DE
CHACABUCO





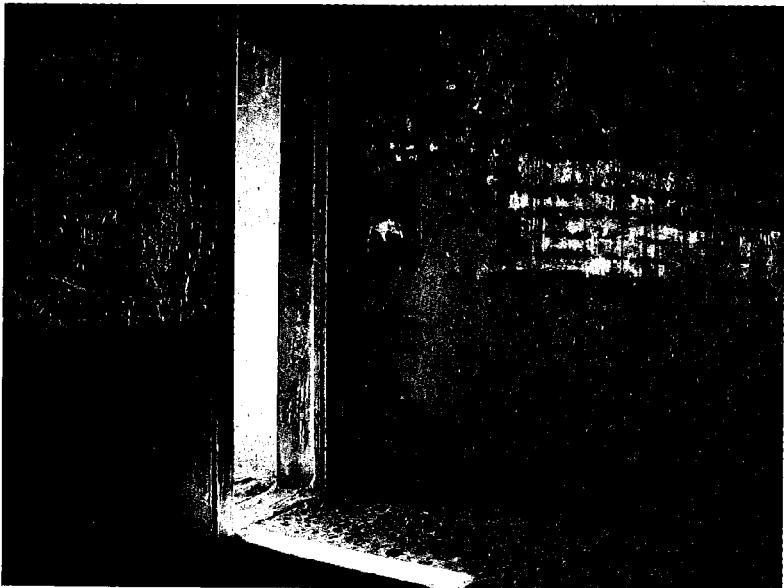
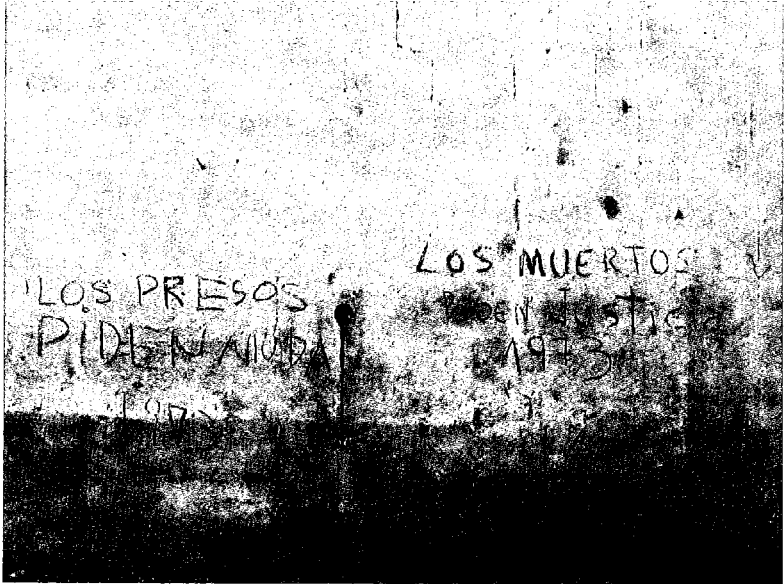


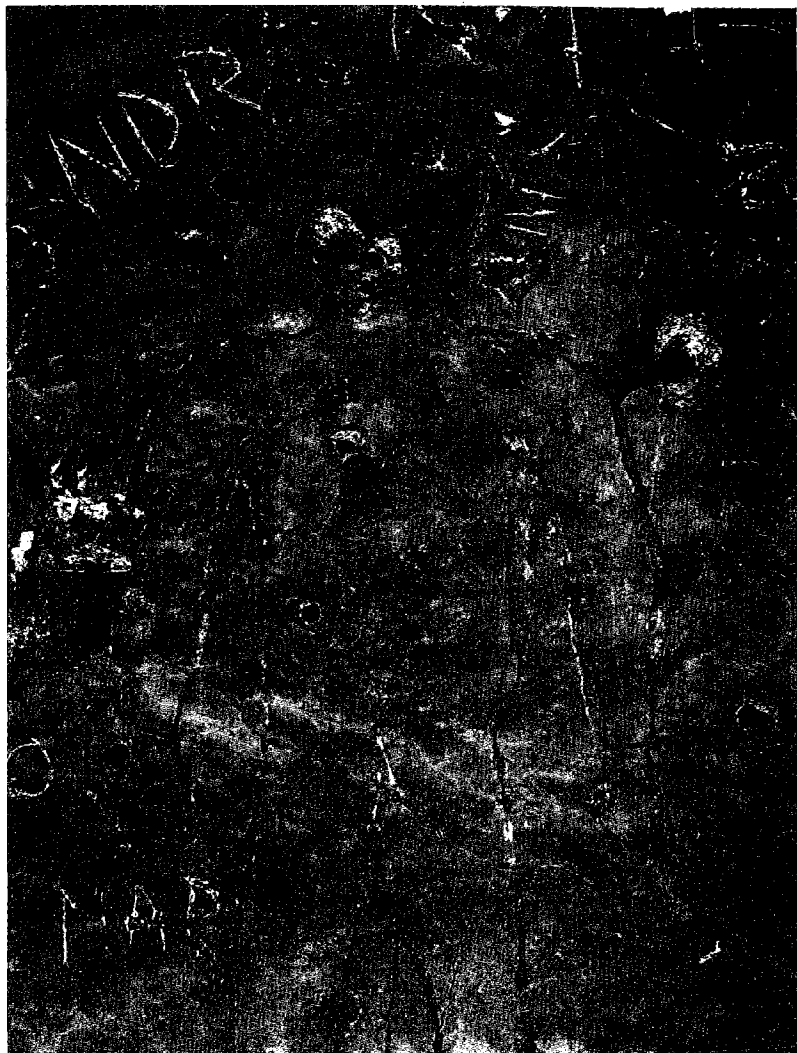


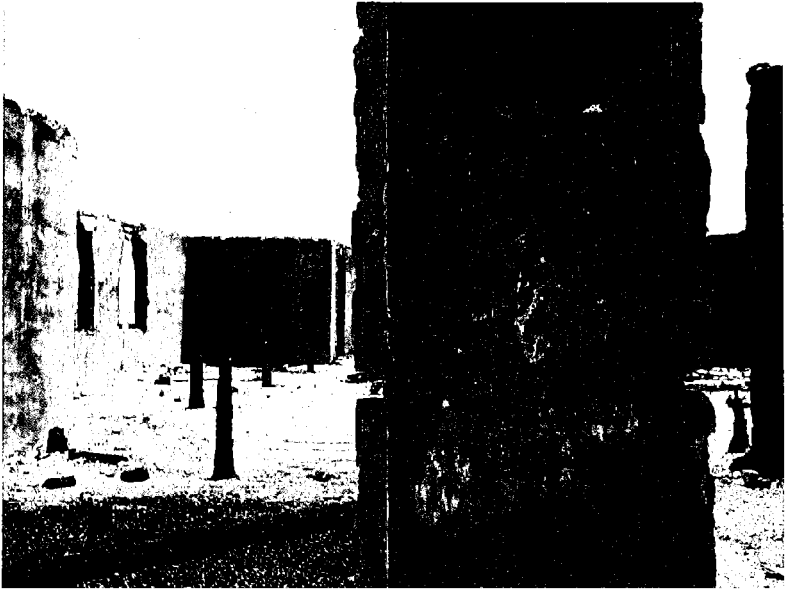


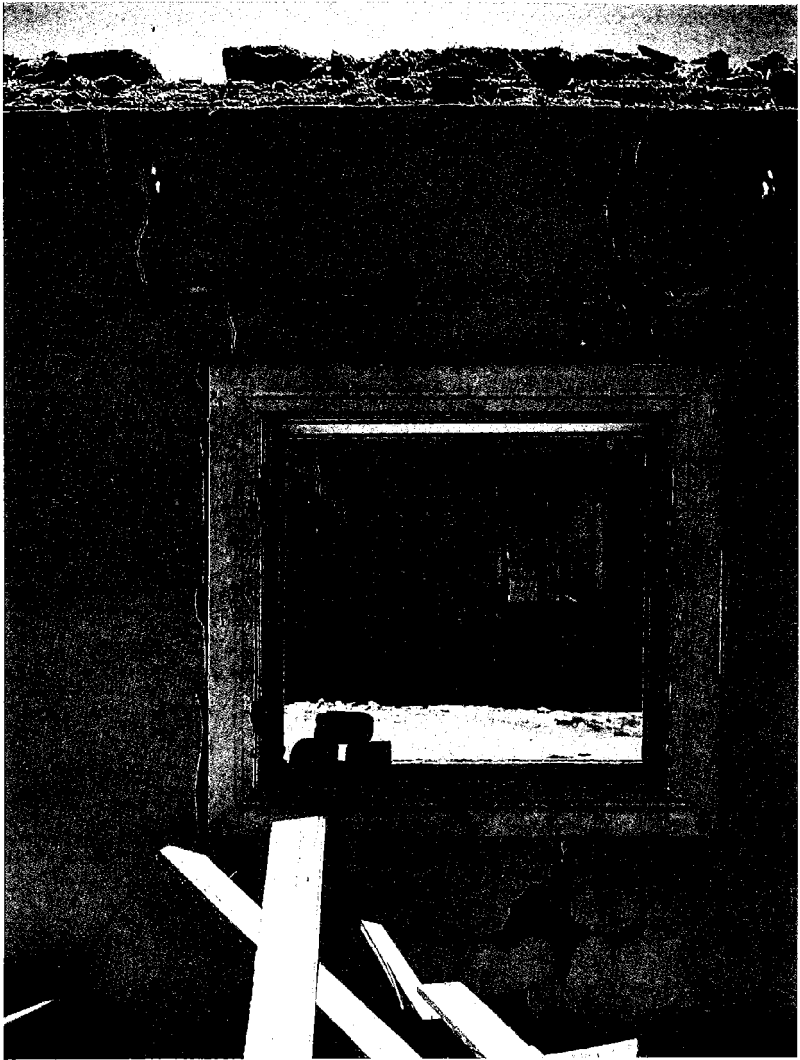




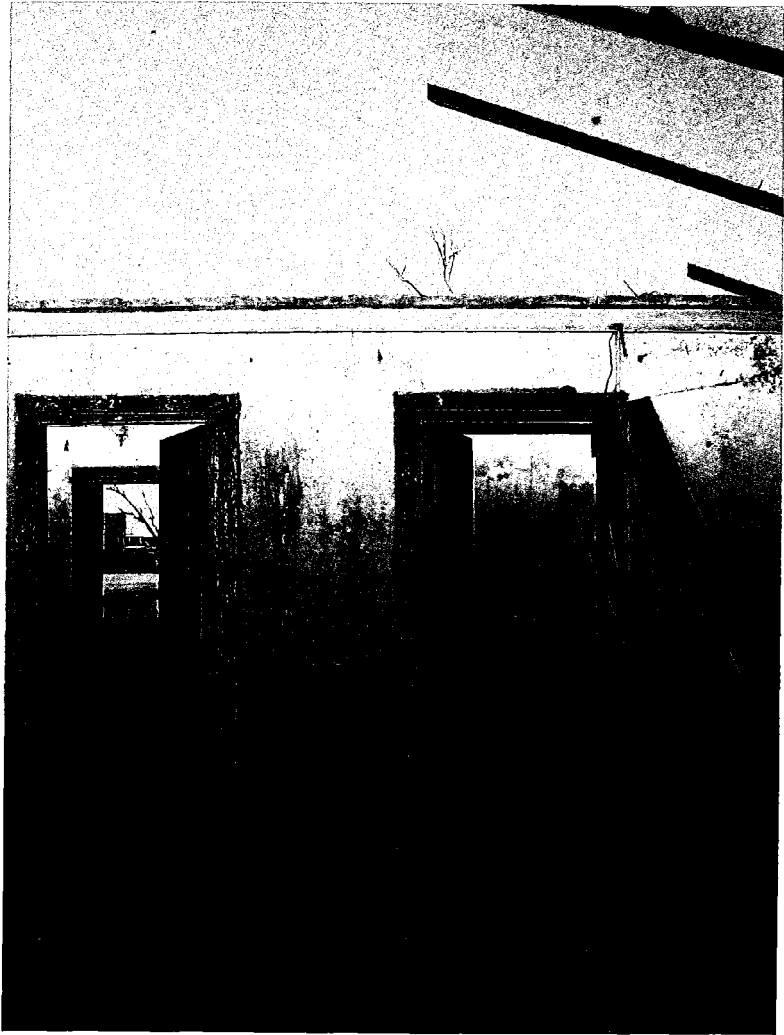


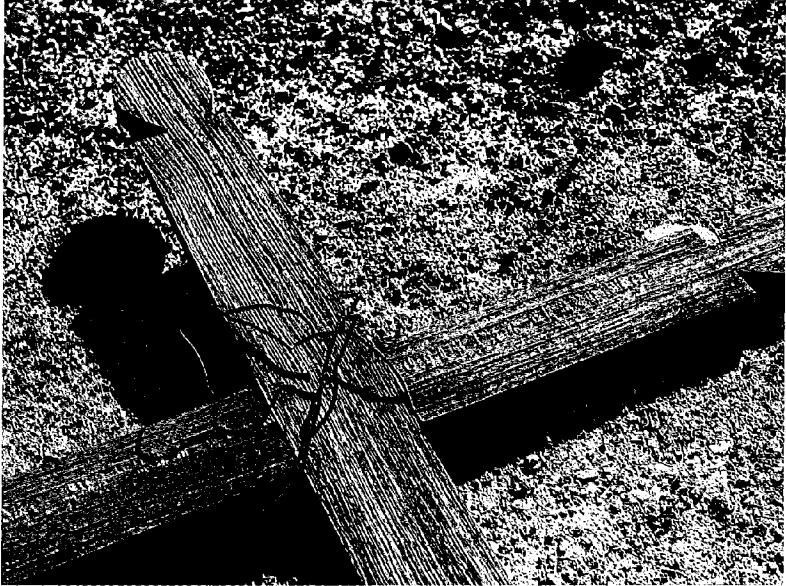








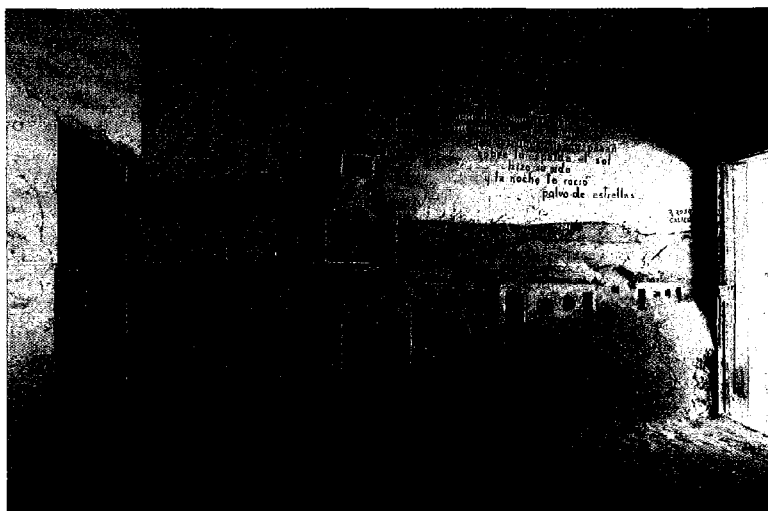








Roberto Zaldivar y José Araos



Hemos pensado que la mejor manera de rendir justicia a Chacabuco era reuniendo las más variadas voces. Voces vueltas hacia el pasado de sudor y lágrimas, del cual las ruinas y los grafiti son testigos incompletos. Voces del presente que claman por agua en el desierto, por dinero y por constructores. Voces del futuro, que hablan de un Chacabuco vivo, con juventud y cultura, ciencia y turismo.

No presentamos aquí una ciudad fantasma, sino una ciudad de los espíritus que hablan por sí mismos y por un lugar que una vez fue diferente, que es distinto hoy y que podría ser otro en el futuro.

Michael de la Fontaine